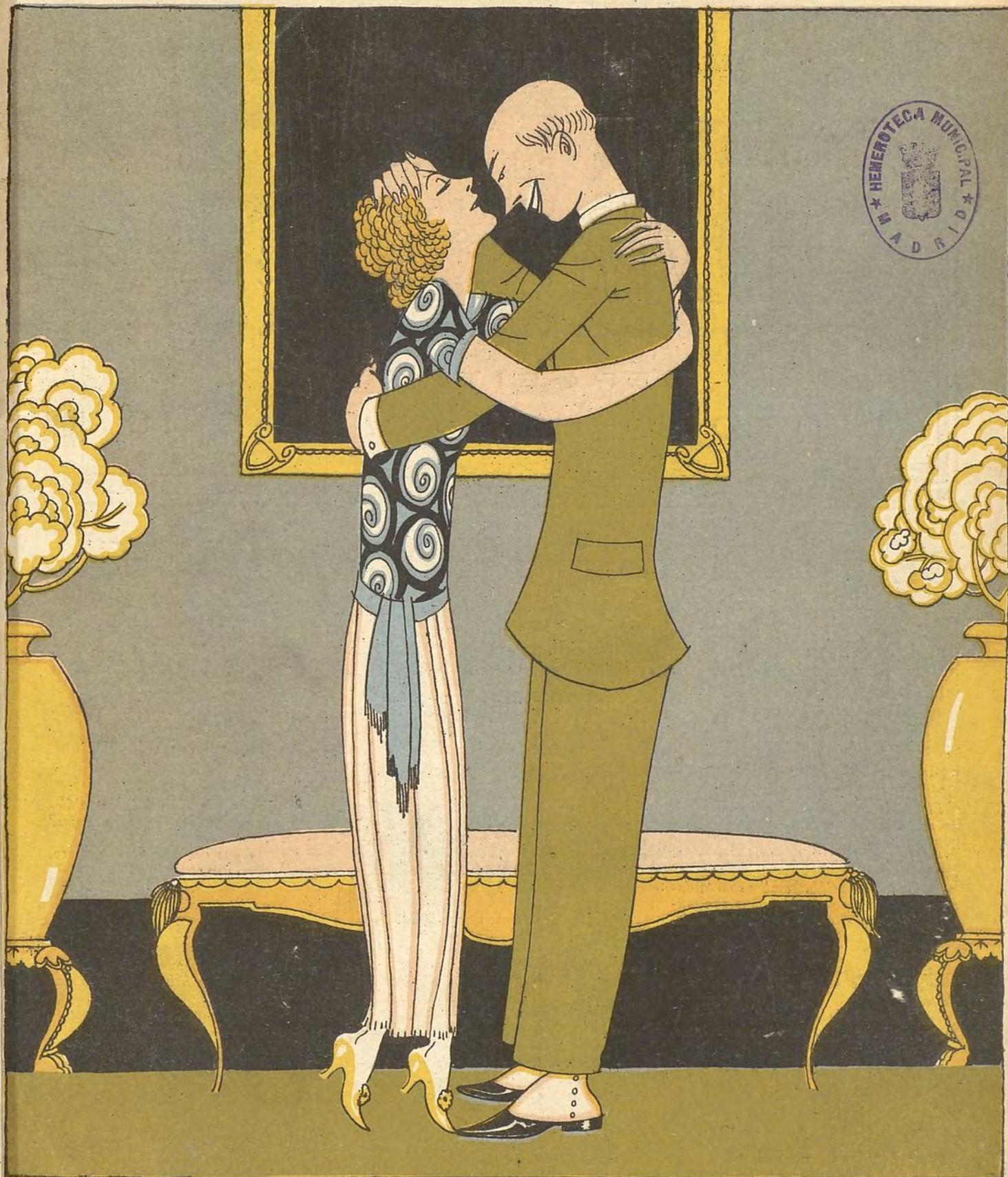


BUEN HUMOR



Ella.—... Soñaba que era muy feliz... Soñaba que te abrazaba cariñosa, como ahora mismo...
El.—¿Sí?... Y qué más, mi vida.
Ella.—Que tú entonces, agradecido y emocionado, sacabas el talonario de cheques

Dib. REINOSO.—París.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El jefe de un batallón que iba de camino se encontró con un baturro y le preguntó:

— *Diga, amigo, ¿falta mucho para llegar a Huesca?*

— *¡Ca, no, señor! Un hombre solo tardaría una hora; pero ustedes, como son muchos, en cinco minutos se plantan allá...*

FERNANDO PEÑA. — León.

— *¿Cuál es el colmo de un dependiente de telas?*

— *Pasarse toda la semana usando el metro, y el domingo, para ir a las Ventas, coger el tranvía.*

JOSE BARÓ BOTELLA. — Madrid.

En la Caja de Ahorros.

— *Deseo hacer unas imposiciones.*

— *Ya no es hora.*
— *¡Pues tiene usted que admitírmelas!*
— *Le he dicho que no admito imposiciones.*

JOSE MARTÍNEZ CONDE. — Madrid.

— *¿En qué se parecen un estudiante de Física y un médico?*
— *En que los dos estudian la gravedad de los cuerpos.*

XEGÚNDEZ.

Entre reclutas de cuota.
— *Yo pediré para el regimiento de Zapadores minadores.*
— *Yo no, porque en caso de guerra tienes que cavar en las trincheras.*
— *No, porque yo me hago cabo, y no cavo.*

BORBOLLA. — Oviedo.

— *¿Por qué razón se ha de llamar alfilerero al estuche donde se tienen las agujas?*
— *Tú dirás, entonces.*
— *Yo creo que debía llamarse agujero, o, por lo menos, guardaagujas.*

JULIO SANZ. — Madrid.

— *¿En qué se parece Zaragoza a una aguja?*
— *En que por Zaragoza pasa el Ebro, y por la aguja pasa la hebra, que es la mujer del Ebro.*

EL GUARDIA. — Madrid.

En un concierto.
UNO. — *¡Qué partitura más pegajosa!*
OTRO. — *¡Claro; no ve que el piano es de cola!*

MANUEL VARGÜES. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **M. F. Valliciego, de Reinosa.**

Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El jefe de un batallón que iba de camino se encontró con un baturro y le preguntó:

— Diga, amigo, ¿falta mucho para llegar a Huesca?

— ¡Ca, no, señor! Un hombre solo tardaría una hora; pero ustedes, como son muchos, en cinco minutos se plantan allá...

FERNANDO PEÑA. — León.

— ¿Cuál es el colmo de un dependiente de telas?

— Pasarse toda la semana usando el metro, y el domingo, para ir a las Ventas, coger el tranvía.

JOSÉ BARÓ BOTELLA. — Madrid.

En la Caja de Ahorros.

— Deseo hacer unas imposiciones.

— Ya no es hora.

— ¡Pues tiene usted que admitírmelas!

— Le he dicho que no admito imposiciones.

JOSÉ MARTÍNEZ CONDE. — Madrid.

— ¿En qué se parecen un estudiante de Física y un médico?

— En que los dos estudian la gravedad de los cuerpos.

XEGÚNDEZ.

Entre reclutas de cuota.

— Yo pediré para el regimiento de Zapadores minadores.

— Yo no, porque en caso de guerra tienes que cavar en las trincheras.

— No, porque yo me hago cabo, y no cavo.

BORBOLLA. — Oviedo.

— ¿Por qué razón se ha de llamar alfiletero al estuche donde se tienen las agujas?

— Tú dirás, entonces.

— Yo creo que debía llamarse agujero, o, por lo menos, guardaagujas.

JULIO SANZ. — Madrid.

— ¿En qué se parece Zaragoza a una aguja?

— En que por Zaragoza pasa el Ebro, y por la aguja pasa la hebra, que es la mujer del Ebro.

EL GUARDIA. — Madrid.

En un concierto.

UNO. — ¡Qué partitura más pegajosa!

OTRO. — ¡Claro; no ve que el piano es de cola!

MANUEL VARGÜÉS. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **M. F. Valliciergo, de Reinosa.**

Ayuntamiento de Madrid

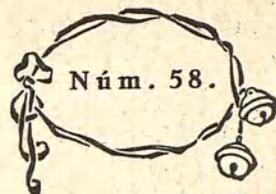


Un chorrito de

COLONIA AÑEJA

en el agua, después de afeitarse, le refrescará la piel y le evitará el ardor producido por la navaja, y además le perfumará discretamente la cara.

Perfumería Gal. Madrid.



COSAS ¡POBRE CHICA!

¡Pobrecilla!... ¡Que la dejen!...

Bueno; claro está que el respetable público, al hallarse en la inopia acerca de qué chica se trata y de qué es lo que hay que dejarla hacer, dirá: «Por mí, que la dejen.» Muchas gracias en nombre de la criatura, de la pequeña Eva..., Evarista, la cual está a dos milímetros del suicidio, por un lado, y por el otro a igual distancia de la invalidez; porque su señora madre, viuda de un mozo de cuerda, que, en la diremos que peor vida (ya que en la mejor se encuentra a la hora presente, según opinión de la que con él compartió las faenas conyugales), fué un hombre de peso, más de noventa y cinco kilos entre bruto y líquido, está dispuesta a usar sobre las costillas de su vástaga el código que en forma de roten paseaba por las calles el difunto cuando se vestía para una solemnidad.

— ¡Madre! ¡Que yo quio ser cupletista! Usté verá: o soy del cuplé, o soy de la Parca.

— ¡Zolochal!

— Anda..., pues sí. L'azvier-to a usté que toas en l'Academia me dicen que soy una fenómeno.

— Y tien razón.

— Y el maestro dice que tengo un pecho que da gloria.

— ¡Ese tío es un pingol!

— Anda..., pues sí. Usté no sabe lo bien que toca. Tie unas manos que... ¡yal, yal!...

La madre de la Evarista lanza contra ésta una sartén, y la Evarista protesta:

— ¡Yal... Ya l'ha dao a usté el vértigo. Usté s'ha propuesto que yo no cante más qu'en una comparsa de lisiados, y eso es un abuso d'autoridá. ¡Y na más que sí!

— ¡Te voy a meter un pie palizal!...

— Ya está usté metiendo el pie.

— Verás qué pronto cambio d'artefacto.

La Evarista sale de la portería a marchas forzadas. La madre enarbola el roten de su llorado difunto. La hija corre más que la madre, y ésta grita:

— ¡Si viviese tu padre!...

— ¡Como que l'iba a dar la importancia qu'usté lo da a lo del cuplé! Ya sabe usté que mi padre se lo echaba too a la espalda.

— ¡Natural! Como qu'era mozo e cuerda. Pero ¿es que vas a hacer un sarcasmo de la memoria de tu padre?

— Eso sí que no. Pa la memoria de mi padre tengo yo siempre recuerdos..., recuerdos filiales.

La Evarista rompe a llorar amargamente. Y lo que son las cosas: «lo que no va en llantos, va en suspiros», y de los suspiros se transporta a los alaridos.

— ¡Ayl... ¡Ayl... ¡Ayl... ¡Que me da!... ¡Que me da!...

La vecindad se alarma. Una vecina interpela.

— Pero ¡señora Perpetua! ¡No pegue usted a la chica!

— Pero... ¡si no la toco!

— ¡Como la chica dice que la da!...

— ¡Que la da el síncope! Pero no la da... Yo sí que la voy a tener que dar...

Otra vecina:

— ¡Pobre chical!...

La Evarista sigue anegada en un mar de lágrimas, que es la mar.

— Pues ¡vaya una perra, criatura!

— ¡No!... ¡Muchas..., muchas!...

— No, rica, no — interrumpe la vecina de tanda —; no te vayas por el lao de la calderilla.

— Digo que mu... muchas gra... gracias. Yo... yo no... no quiero pe... pe... perras. Yo quiero ser cu... cu... cupletista, y mi... mi... ma... ma...

— Ya ve si es fina la chica; la llama mamá y todo.

— Y mi... mi... madre no me... me deja...

— ¿Quieres ser cupletista y no quieres perras? Vamos, chica, si en el cupleterismo es donde están las perras precisamente.

— Pues por eso la voy yo a poner a mi niña un bozal — interviene la madre de la Evarista —. Esta no me sale suelta a la calle; a ésta la pongo yo una cadena.

— ¿Una cadena, Perpetua, a la chica? Eso es muy duro.

— Bueno; al fin y a la postre es mi hija, y hago lo que me da la real gana.

La chica pone en *crescendo* su llanto, la señora Perpetua golpea, la vecindad grita.

Y esta escenita se repite un día y otro... y todos los días. ¡Una delicia! Y siempre termina con el anuncio de la Evarista, de que ella se suicida.

¡Pobre chical!... ¿Verdad que la debe dejar su madre? Puede que llegue a estrella, y... puede que alumbre. Si la chica no quiere ir para monja... ¡Que la dejen, y que nos dejen en paz a los vecinos! ¿No les parece a ustedes?



Dib. SILENO. — Madrid.

CÉSAR GARCÍA INIESTA

IDEALES SEAMOS GALLEGOS

Sin ofensa para los nacidos en aquella región inolvidable, donde florece la ironía y la belleza, sino, al contrario, como programa nacional de regeneración, todos los españoles inteligentes, soñadores o simplemente patriotas, debiéramos procurar ser gallegos, y si no llegáramos a serlo, a parecerlo siquiera.

¿Quién habla todavía del odioso centralismo? Madrid es una sucursal, un centro de operaciones de todos los que nacieron fuera de él, y a él hemos venido todos los que necesitábamos alguna cosa. En la coronada villa y corte triunfan, con innegable justicia, los catalanes, los andaluces, los vascos, los levantinos, los extremeños... Algunas veces, Madrid tiene un ministro y un alcalde madrileño. Pero reconózcase que Galicia, la dulce y mimosa Galicia, es el ama de los destinos nacionales, en su mayor parte. Los mejores novelistas, los mejores poetas, los políticos más influyentes, los que llegan a escape a ex ministros, son gallegos. Galicia tiene humoristas formidables, caciques estupendos, bailarinas catastróficas, como la Otero, y dibujantes geniales. Tiene unas costas como pocas regiones peninsulares, y unas rías y unas mujeres sin rival. Desde Valle Inclán hasta Celita, pasando por *Don Pío* — que ya requiere un buen salto —, y desde Ribas a Fernández Flórez y Máximo Ramos y Bujados a Rey Soto y *Picadillo*, lo que leemos, lo que comemos, lo que ganamos en salud, lo que ilustra nuestras lucubraciones y lo que rige el consabido timón del Estado, es gallego, y bien gallego.

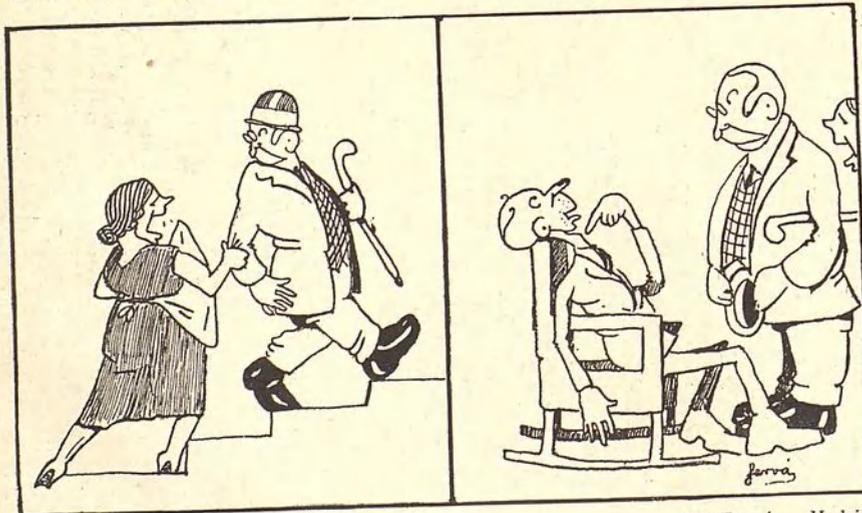
Gallego es el editor — o su mujer —

que lanza desde la Gran Vía volúmenes tras volúmenes galaicos; gallego es el pintor que nos evoca aquellas *corredoiras* de ensueño; gallego el doctor ilustre que nos opera la úlcera de estómago; gallego el servidor honrado que, provisto de un gran cinto repleto de llaves, nos franquea por las noches la entrada de casa. Gallego el mozo que se nos lleva nuestro equipaje, y gallego el que nos sirve el oloroso café; gallego, en fin, el hombre que nos da un destinejo, o, ¡ay!, nos lo quita...

¡Santiños de las Rondas y de las Costanillas: si queremos vencer, seamos gallegos! Son maestros de muchas cosas, y entre sus virtudes, que admiramos rendidamente, aunque sin fruto, figura la de su solidaridad, la de su cohesión y sentimiento de la patria chica. Todos son para uno, y uno es siempre para todos. ¡Admirable lección, que en estas Castillas, hoscas, secas y disgregadas, desdeñan por igual los concejales y los novelistas! Por eso, porque los gallegos valen y cuidan de hacer valer a los suyos; porque se ayudan, se aman, se elogian y se admiran recíprocamente, Galicia es dueña de hecho en estos Madriles acogedores.

Andaluces, extremeños, valencianos, castellanos, aragoneses, vascos, madrileños... seamos gallegos, sintámonos gallegos. La Patria prosperará entonces, de seguro. Unámonos, estimémonos... Ved, por ejemplo, lo que ocurre a veces de noche en la villa y corte, cuando sobreviene un altercado. El sereno, gallego, toca el pito de alarma y solicita auxilio. Ved asimismo cómo en enseñanza acuden diez, veinte, cien serenos a ayudar al compañero. Acuden, no porque sean serenos, sino porque son gallegos...

E. RAMIREZ ANGEL,



Dib. FERVÁ. — Madrid.

— ¡Corra usted, señor médico, que mi marido se ha tragado una nuez!

— ¿Dónde está la nuez?
— Aquí...

Ayuntamiento de Madrid

GOBERNADORA LIBERAL

«Mi don Juan querido:
Llevo medio mes
de gobernadora.

(¡Chinchese Piniés!)

Ocupando piezas
del Gobierno estoy,
y en las recepciones
a lucirme voy

con los nuevos trajes
que hay en mi baúl,
desde el gris Melquiades
hasta el Alba azul.

Pronto el campesino
como el ricachón,
en interminable
peregrinación

vendrán de sus pueblos,
llenos de interés,
a ofrendarme cosas
y a besar mis pies.

Las del delegado
son una irrisión.

¿Y las del alcalde?
¡Qué coquetas son!

No cesan, las pobres,
de fijarse en mí.

¡Dios bendiga al conde,
que nos trajo aquí!

Tengo aquí, pendientes
de mi voluntad,
veinticinco guardias
de Seguridad,

y no hay uno solo
que cuando me ve
no se eche la mano
donde sabe usted.

Todos me saludan
sin titubear.

¡No hay dicha tan grande
como gobernar!

Tengo cien civiles
a mi alrededor.

¿Qué sultán morisco
puede estar mejor?

Mi marido dice
que le escribirá.

Ahora todo el día
recibiendo está.

Mas con esta vida
no podrá seguir.

¡Descompone el cuerpo
tanto recibir!

A los periodistas,
cuando no está él,

yo les doy informes
para su papel;

y ellos corresponden
con alguna flor

para la señora
del gobernador.

¡Ni a la de Alhucemas
hacen lo que a mí!

¡Dios bendiga al conde,
que nos trajo aquí!»

Por la publicación,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

2 de enero de 1923.

LA POLÍTICA PINTORESCA
**"PARA QUE VAYAS
 AL TEATRO"**

He aquí una historieta digna del Decamerón. Protagonista de ella es un prócer ilustre, de rancia alcurnia, con arraigo en la política de su país, perteneciente a no sabemos cuántas Academias y propietario de un periódico, que si no tiene gran circulación, disfruta, en cambio, de merecido prestigio. No damos otras señales, porque el hecho, y no la persona, es lo que interesa al lector.

Aunque nuestro héroe ha pasado ya de esa edad en que el ímpetu y la fogosidad juveniles disculpan y justifican las mayores audacias y las más absurdas locuras, no deja por ello de ser gran aficionado a expansiones y discreteos que ponen en la austeridad de su vida política y académica cierto saborcillo picante y deleitoso. Y como el hombre, por el lustre de su apellido y la fama de sus méritos, encuentra ocasiones propicias para las aventuras fáciles, no es raro que ande siempre enredado en alguna de ellas. Es justo decir, sin embargo, que las cosas rara vez pasan a mayores, no sólo porque el prócer cuida mucho de no dar pábulo al escándalo o a la murmuración, sino porque además él no puede emular a don Juan ni por la juventud, ni por la gallardía, ni por esa magnífica esplendidez con que el héroe de Zorrilla solía desprenderse de las bolsas llenas de doblas de oro.

Pero vamos a la historieta. Había llegado a Madrid una mujer bellísima, de fama mundial; una de esas mujeres que hacen el pecado, no ya deleitoso, sino inevitable. Se hospedó primero en un gran hotel, y alquiló más tarde un piso en un barrio aristocrático, amueblándolo con lujo y con elegancia. Allí comenzó a recibir las visitas de algunos amigos que la conocieron en sus correrías por Europa. Esos amigos presentaron a la dama a otras personas — todas ellas de alta categoría, naturalmente —, y en poco tiempo las reuniones de la hermosa recién llegada se hicieron célebres por lo animadas y lo concurridas.

A una de aquellas reuniones acudió cierta tarde el personaje a quien hemos aludido. Creemos haber esbozado bien su carácter, y por lo mismo no consideramos preciso decir que la belleza de aquella mujer le hizo una profunda impresión y despertó en él ciertos afanes codiciosos. No era cosa difícil para él, dueño de una gran fortuna, realizar aquellos propósitos. Y en efecto: a las pocas tardes, los asiduos concurrentes a la casa de la dama supieron, al llegar allí, que la señora «no estaba visible».

Alguien que se atrevió a interrogar al portero se enteró de que el prócer de nuestra historia, más afortunado, sí había podido penetrar en el pisito coquetón que era como el trono de la her-

mosa. Y en el acto surgieron los comentarios discretos y amistosos: «¡Qué suerte de hombre!» «¡No se le escapa una!» «¡Ya se conoce que tiene buena bolsal...»

Entretanto, la dama y el caballero, en la intimidad de un gabinete lindo y perfumado como un estuche, estrechaban unas relaciones amistosas que se habían iniciado de un modo feliz. El se mostró galante, ingenioso, amabilísimo, como perfecto hombre de mundo. En cuanto a ella, estuvo sencillamente deliciosa por lo frívola, lo risotera, lo alegre y lo desenfadada. El prócer se consideró dichoso, y pensó repetir alguna que otra vez aquellas agradabilísimas visitas. Y, sin duda, para que la hermosa mujer quedara bien impresionada por la generosidad de su nuevo amigo, cuando llegó la triste hora de la despedida, nuestro hombre sacó una lindísima cartera de piel de Rusia, en la que brillaban unas áureas iniciales blasonadas, tomó de ella algo que la joven — ¡oh, era muy discreta aquella chical! — no pudo ni quiso ver, lo dejó muy dobladito debajo de un *bibelot* que había sobre

el tocador de la bella, y dijo a ésta, sonriendo muy significativamente:

— Para que vayas al teatro...

¿Hay que decir que la dama, apenas se hubo marchado de la casa el galán, corrió al tocador para ver cuál era el obsequio? «Dada su fortuna — iba pensando — y lo cariñoso que ha estado conmigo, lo menos son quinientas pesetas.» Y añadía: «¡Qué gran señor es! ¡Con qué distinción ha colocado el billete bajo el cacharro! ¡Bien se ve que es un caballero español!»

Y en efecto: la hermosa mujer encontró debajo de la figurilla del tocador un billete. Un billete de papel amarillo, en el que la joven leyó, con el estupor y la rabia que pueden imaginarse los lectores:

Teatro de la Zarzuela

PRENSA

Vale por dos butacas, fila 5.^a,
 números 17 y 19, para la función de
 esta noche, a favor del periódico X.

TARTARÍN



— ¿Hoy no lleva usted La Voz, señorito?
 -- No. ¡Año nuevo, Vida Nueva!

Dib. GARRIDO. -- Madrid.

DESDE PARÍS PROGRAMAS

Juan Gabriel Domergne, pintor y brujo

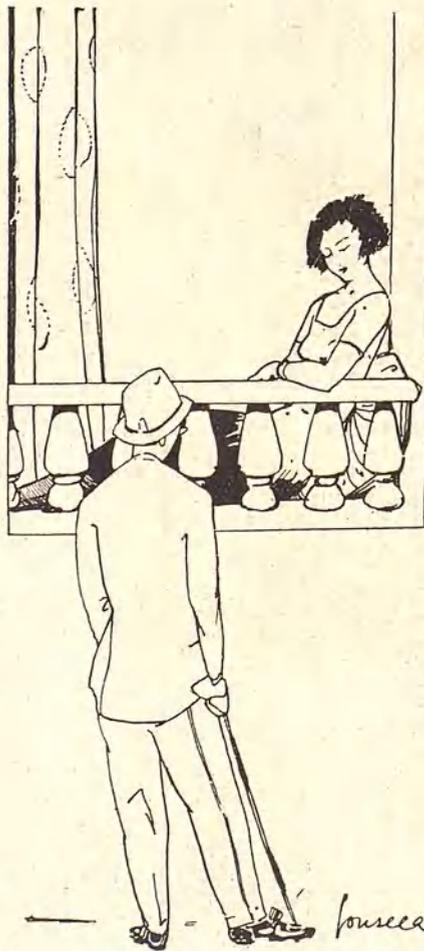
Juan Gabriel Domergne, el seductor de las noches con alma de mujer. Por ejemplo: nocturno estival, cielo con una remota polvareda de brillantes, jardines en sombra y con una fragancia embriagadora, el mar que canta y refulge, una terraza de mármol. Diríase que la tierra suspira como una fémica ardiente y nostálgica. Pero languidecerá en su soledad hasta el alba, cuyas tonalidades semejan las ojeras producidas por la vigilia. Entonces aparece Juan Gabriel Domergne, este corruptor sutil de la naturaleza, y con su experiencia y su donjuanismo de *charmeur* de las cosas, comprende y sirve el anhelo universal. Cuelga luminarias fantásticas en los árboles, instala misteriosamente a los músicos en un bosquecillo o en las barcas vagabundas, dispara cohetes multicolores, vierte el champagne en las copas de unas magnolias; arrulla, enoja y acaricia la noche, como hacemos con la mujer deseada.

El mundo de los artistas y los aristócratas conoce el privilegio del aristócrata y artista que es Domergne, y siempre confía en él para sus espectáculos que quiere raros y maravillosos. Días atrás se inauguró en la rue Caumartin, refugio de los millonarios que trasnochaban, otro de esos pequeños paraísos en que sólo se bebe champagne y a cien francos la botella. Tratábase de eclipsar a los ya existentes en la propia calle, alguno tan en boga. Se requirió el consejo del mago Juan Gabriel, y el resultado ha sido que, mientras las casas rivales bostezan con sus vestíbulos vacíos, donde en vano y entre evónimos y azaleas aguarda un galoneado *chasseur* los autos que no llegan, la protegida por el ingenio y la imaginación de Domergne, rebosa de un público de tal categoría, que se ha dado el caso de que un gran duque, al solicitar mesa, tuviera que resignarse al turno y renunciar por aquella vez a su capricho. Le había ganado la mano Eduardo Risler, el pianista que reverenciamos los españoles.

Le jardin de ma sœur. Así se llama con delicioso humorismo el lugar encantado. Y figura un patio andaluz, con su parral, su galería, su tejadillo — poblado de gatos caricaturescos en terciopelo —, su fuente y un pavimento de losas simuladas con rayas en una alfombra blanca, decoración equidistante de los dos extremos de las españoladas: el pintoresco y cómico y el exaltado por lírico. En torno se distribuyeron los veladores a que acude la gente que suele comer en el café de París. Y a la hora de los aquelarres, queda en tinieblas el

escenario granadino: un reflector sustituye al claro de luna, y, como por brujería, surge con su bata de cola nada menos que Antonia Mercé *la Argentina*, y al son de la guitarra baila por *soleares*, es decir, su cuerpo da envidia al surtidor ligero y grácil de la fuente oriental...

He ahí la última creación de *monsieur* Domergne. Amigo, un verdadero amigo de España, *monsieur* Domergne. Pintor ilustre, cultiva con preferencia dos motivos. El eterno femenino, estilizado según el gusto inquietante de nuestra época: en una esbeltez de caballo de carrera, sobre el desnudo frágil y nacarado como una cabeza de abanico



LA COSTUMBRE

Dib. FONSECA. — Madrid.

— Pero, Gorito, si me caso contigo, ¿con quién voy a hablar por la ventana?

Luis XV, telas y penachos indios, venecianos, japoneses, ibéricos. Las ropas apenas ocultan del cuerpo más que el antifaz la cara, y ya descubren el torso combado y escurridizo, ya las piernas de amazona del dragón del pecado. Como un sedante ofrece el maestro sus paisajes perfumados de espiritualidad. Tablas y lienzos de un tamaño reducido, golosina para los ojos, reflexión contemplativa, zarpazo psicológico que agarra el carácter de los diversos personajes, o simplemente un acento del *esprit*. Paleta íntima, delicada e intelectual la de Juan Gabriel Domergne. Colocados en medio de una sala con obras suyas, ninguna atrae por su policromía detonante. Envuelve al espectador una armonía dorada y bruja, una señorial continencia antigua. Las modernidades, las ultramodernidades, el estremecimiento, la vibración eléctrica, hallámoslos al aproximarnos y encontrar desde inefables finuras de toque a lo Degas, hasta gráficos de un refinamiento digno de Bardsley. Sin embargo, domina una gracia y una voluptuosidad muy de *peñit maitre* del siglo XVIII... Actualmente se celebra una exposición del insigne artista en el bulevar Haussmann, y en ella abundan los temas hispánicos. Destacan las impresiones de Toledo. Las piedras bermejas, el agua fina y sombría, los cielos encendidos y secos, tratados con un profundo deleite de interpretación castellana, mejor que pintura creíanse, en su calidad, labor de cincel en el oro. A mí, ciertas notas de la ribera del Tajo se me antojaban un alarde de la vieja orfebrería...

Monsieur Domergne, silueta parisienne de las indispensables y español honorario, combina y trenza entrambas categorías en beneficio de la Península. Una prueba: reclaman ya desde la Costa Azul al diabólico seductor de las noches, y a su cargo corre embellecer las del Casino de Cannes. No tardará en trasladarse allí, y yo sé que anda en los preparativos de la inauguración de su programa de magias. Con una velada andaluza piensa deslumbrar a los poderosos de la tierra, hastiados de placeres. Confía para su triunfo Juan Gabriel Domergne en el aroma y el color de nuestra patria. Dios se lo pague, como dicen los pobres, nuestros también. Y a Dios sean dadas gracias por habernos enviado como propagandista un pintor que pinta gentilmente encima de la leyenda negra, que parecía indestructible.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



Dib. HIDALGO DE CAVIEDES. — Madrid.

— Oiga, guardia; si no es usted Parrondo, ¿hace el favor de cruzarme la calle?

Ayuntamiento de Madrid

EL QUE SE COME UN OJO

El Fulanito que se come un ojo es un desdichado. Claro que se necesita mala suerte para comerse un ojo, porque es cosa que se nota entre el arroz o entre la sopa cuando se escapa al cráneo del bicho, sea pez, conejo o cordero.

¡Mucho ojo con comerse un ojo!

El reconcomio que siente el que se ha comido un ojo es como de haberse comido un alma, porque lo que más se parece al alma es el ojo, sobre todo en un animal, en el que suponemos que su lealtad, su miedo, su cariño y sus recuerdos son cosas que están en sus ojos, o a lo más en su olfato.

— ¡Caray! ¡Me he comido el ojo! — exclama como si se hubiese tragado una larga espina el desdichado que se lo ha sorbido.

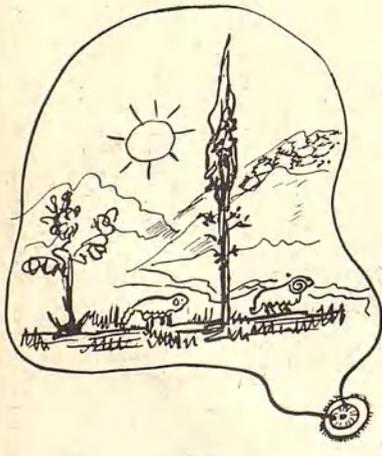
— Bueno... No se apure. ¡Qué se va a hacer! — le dicen los demás comensales, que se abstienen con cortés comedimiento de sacar consecuencias al hecho, pero que se retuercen un dedo de nerviosos que se han puesto.

El caballero que se ha tragado un ojo pone cara de hombre que se ahoga, que está ahogado, siempre que se acuerda de lo que ha hecho. Abre un ojo mucho, desorbitadamente, con un gesto imitativo la mar de chocante.

Parece que se ve por dentro con una autovisión interior, en que se mezcla la sensación del laringoscopio y del lavado de estómago, hasta complicar la sonda en la emoción esa. Siente el ojo que penetra, que se acomoda en su interior, que se sorprende, que observa.

Está realmente azarado el que se ha comido un ojo. Siente esa intromisión de algo que se podría llamar la conciencia ajena en su propia conciencia.

Está muy sobre sí y hasta procura te-



ner buen comportamiento y hasta buenas ideas, para que el ojo no le desdeñe demasiado ni sienta por él demasiada repugnancia.

El ojo sigue su paseo lento, meticulo-

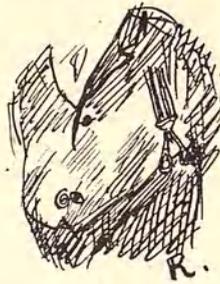
so, observando como al microscopio cada cosa que ve, y observando, como si se tratase de una visita de inspección de higiene, si el estómago está o no sucio.

Sin querer se da el caso, en el que se siente observado e inspeccionado por dentro, que presume por fuera y se pone en forma, y estira sus puños y se ajusta la corbata. Es un caso de vanidad refleja bastante complicado. Cree que le miran por fuera, cuando por donde le miran es por dentro.

Por fin, el ojo se asienta, toma cuerpo y dominio en el ser humano, y entonces surgen en su espíritu lo que podríamos llamar las visiones del ojo tragado.

Si el que se ha tragado ha sido el ojo de un besugo, que, por muy frito que esté en aceite muy fuerte, no pierde sus condiciones de visualidad nativa, el *ojerizado* ve panoramas del mar, parajes del mundo submarino, visiones y paisajes oceanográficos.

Siente en su cerebro la turbiedad del



agua, y ve pasar peces que parecen ciclistas del agua, y ve suspendidos los árboles submarinos, y le hacen cosquillas las plantas acuáticas de suave vida y de dulcísima calidad. La boca la siente muy salada.

Los pulpos le dan sus absorbentes besos y las burbujas le alborotan el alma, como si le hubiesen dado a beber una gaseosa muy efervescente.

Si el que ha tenido la mala suerte de tragarse un ojo ha sido un ojo de cordero el que se ha tragado, los paisajes que entrevé son bucólicos, eglógicos, hiperbóreos. Se siente en vallecitos cándidos de dibujos de los niños, a los que ellos mismos han dado los colores con los *duros pasteles* de sus cajas de lápices.

¡Qué amanerados y cándidos paisajes! Todo es infantil en ellos; más que infantil, limboal, o sea del limbo.

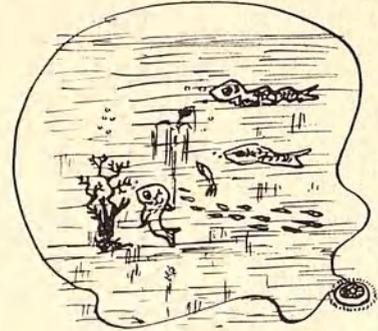
Ve muchos corderitos de cuernos retorcidos, mejor rizados que nunca, como si se acabasen de quitar los *papillots*.

Los balidos que suenan en su espíritu son enternecedores y tienen la indecisión del llanto del niño que despierta.

El Sol de esos paisajes es un Sol chiquitín, de paisaje corderil, y definido, por tanto, por la imaginación de los cor-

deros, que no pueden creer que el Sol tenga tan grandes proporciones.

Su imaginación no sale de esas contemplaciones de paisajes al atardecer, y siente la emoción del que padece en las



extensas praderas llenas de las margaritas amargas de la manzanilla.

— Es como si se hubiese un purgado para siempre — me decía un *ojerizado* con ojo de cordero.

Pero peor todavía es tomarse un ojo de corderillo lechal. Entonces se siente el alma llena de leche de flores, de esa sustancia que, más que las flores, sueltan los tallos lechitiernos, y que es de la que los adolescentes están repugnantemente llenos, y de la que florecen esos granitos cuyas cabezas no deja de arrancarse la adolescencia ni un solo minuto. ¡Mucho peor que si se mordiesen las uñas!

Hay ojos granujas, como el ojo de la liebre, que, al llegar al ombligo del atragantado, se asoman por él aprovechando la estricta coincidencia.

Pero lo más absurdo, lo pavoroso, es que, después de darle a uno gato por liebre, se coma uno el ojo del gato. Entonces veremos en la oscuridad, y no dejaremos de ver ratones y ratones, zócalos y zócalos de ratones, numerosos ratones, como los que les salen a los presos en la noche poblada de las celdas, como los que emigran en las calas de los barcos, y que Colón llevó a América, donde antes de su ida no había ratones.

Si nos comemos el ojo de un ave, por el contrario, la visión que tendremos de la vida será una visión serena, límpida, dulce, de aviadores, viendo numerosas nubecillas en un cielo de capitanes de fragata, y sentiremos ganas de ascender, de subir a ver a los amigos que viven en los cuartos pisos, a cuyos balcones nos asomaremos con ansias voraces de tirarnos desde ellos para nadar en los aires cerúleos. Con el ojo de un ave en el estómago sentiremos una ligereza especial, y nos sentiremos suspendidos del aire como arañas colgadas del techo, y si cogemos una flor o un hierbajo por nuestra cuenta, lo llevaremos en el pico sin quererlo soltar...

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

LO QUE HAN TRAÍDO LOS REYES ESTE AÑO

Mis apreciables amigos y correligionarios, los simpáticos socios Melchor, Gaspar y Baltasar, acaban de realizar su acostumbrado viaje a España; y además de los consabidos regalos para los niños, que tan alto han colocado su nombre en la lista de las personas espléndidas, han tenido la delicadeza de obsequiar con inesperados presentes a varias personas mayores que, por si caía algo, habían expuesto sus zapatos, sus botas y sus alpargatas en el sitio más visible de los balcones, ventanas o tragaluces de sus respectivas casas.

Don Melchor, don Gaspar y don Baltasar, que son más generosos que el vino de Jerez, han comprendido la indirecta y han derramado sus dones (no los tres *dones* que yo les he puesto delante de sus nombres, sino otros dones más sustanciosos), y los han derramado a manos llenas, con insensata prodigalidad, como el que tiene empeño en quedar bien, cueste lo que cueste..., aunque no cueste nada.

Y han tenido tal acierto en la elección y en la distribución de los obsequios, que a todos los agraciados les ha correspondido lo que más falta les hacía; por lo cual, podemos afirmar que Melchor, Gaspar y Baltasar han realizado de un golpe la felicidad de la mar de familias. La siguiente lista de personas favorecidas y de regalos recibidos por las mismas, les dará a ustedes una idea de la magnitud del sacrificio que se han impuesto los Reyes Magos para contentar a la gente:

A Romanones le han traído un médico polaco para que le ponga derecha la pierna.

A Maura le han obsequiado con una gramática castellana para que no se vuelva a hacer líos con el idioma.

A Sánchez Toca le han dejado dos docenas de pañuelos para la nariz, lo que le ha solucionado un tremendo problema, porque en ninguna tienda de España ni de las islas adyacentes los encontraba a su medida.

A Cambó le ha correspondido un gramófono con *Els segadors* y el himno a *La banderita de Las corsarias*. *Els segadors* para que lo toque en Barcelona, y *La banderita* para que la toque en Madrid.

A Francos Rodríguez, una mordaza. A Melquiades Alvarez, dos mordazas. Los españoles estamos de enhorabuena.

A Chicote, un teatro con público y todo, lo cual es un verdadero hallazgo para él, pues hace ocho años no tiene idea de lo que es eso.

A Loreto Prado, un espejo para que, mirándose en él, goce de un espectáculo bellissimo y sorprendente.

A *Chelito*, un novio formal; pero de estos que se casan en seguida, sin meterse en averiguaciones.

A D. Valeriano Weyler, que también puso sus zapatos en el balcón (pero que puso unos zapatos rotos), le han dejado los mismos zapatos; pero con medias suelas y tacones.

A Azorin le han obsequiado con diez mensualidades adelantadas en una celda de distinguidos del manicomio de Ciempozuelos.

A Enrique García Alvarez, con dos pastillas de jabón.

A Sánchez Guerra, con una dentadura postiza.

A Bergamín, con un abono al *Instituto de Belleza* (masaje facial, hermoejamento de la piel, etc., etc.).

A Chicuelo, con dos orejas de toro, las primeras que ha visto en su vida..., y supongo, fundadamente, que las últimas.

A Paquita Torres, con seis enaguas, seis pantalones y seis pares de medias, cosas que no tiene la pobrecilla, a juz-

gar por la forma en que se presenta ante el público.

A Raquel Meller, con un revólver, una cuerda con nudo corredizo, un litro de sublimado corrosivo y cien cartas en papel de luto.

A Teresita Saavedra, con una caja de *pillules orientales* (aumento y dureza, etcétera).

A Pérez Zúñiga, con un sonajero.

A Carlos Arniches, con un tambor.

Y a Antonia de Cachavera, con un bombo...

Todos los regalos los hemos visto, menos el último; todos son de gran gusto, menos el último, que no ha sido de gusto ninguno; y para todos los agraciados vaya desde aquí nuestra felicitación más efusiva, que volveremos a repetir al año que viene, suponiendo que vivamos todavía, que creemos que sí.

ERNESTO POLO



M. Martínez Auctón

Dib. MARTÍNEZ AUCTION. — Sevilla.

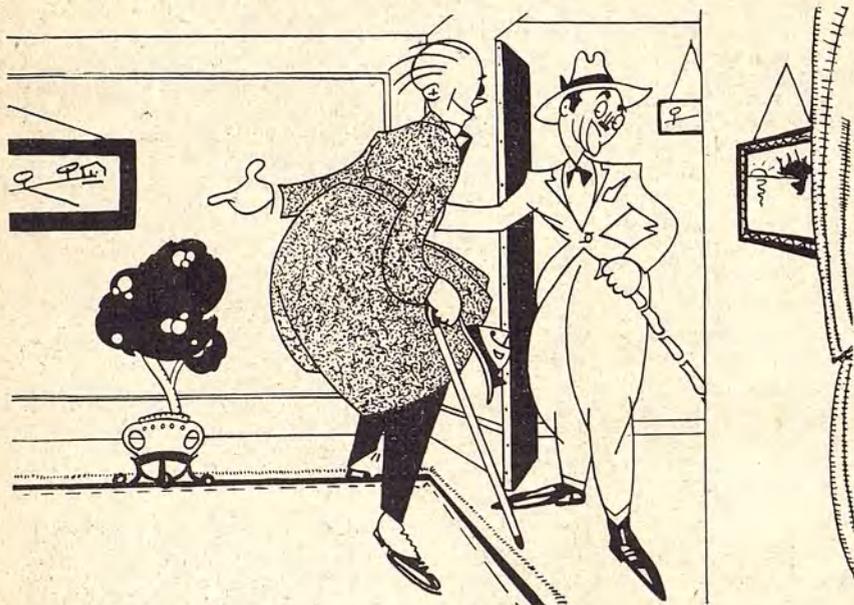
EL GUARDIA. — ¿Y la guía?

EL GITANO. — Ahora mesmo, hace un menuto, se m'ha perdido.

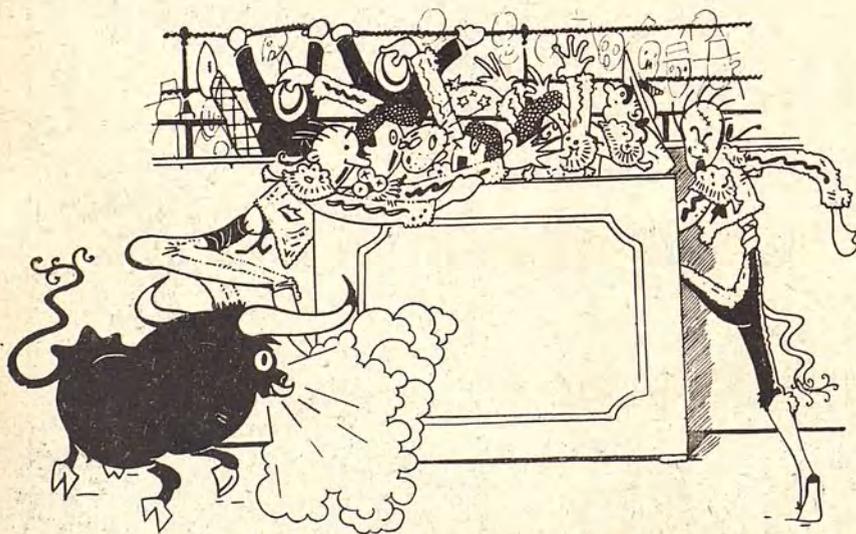
EL GUARDIA. — Conque se le ha perdido, ¿eh?...

EL GITANO. — Sí, me s'ha perdido... ¿No se pierde un vapor?

CORTESÍA Y DESCORTESÍA



— ¡Pase usted!
 — ¡Qué disparate!... Usted primero.
 — ¡No faltaba más!... ¡Usted primero!
 Etc., etc., etc.



— ¡.....!

J. Sánchez Vázquez
 Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

¡¡ENERO!!

Enero. Cambio de fisonomías. Se refugia la gente en su casa, atentos todos al desarrollo del dramón de que cada ve-

cino es protagonista; desdennan las far-
 sas de los escenarios, para enterarse de
 las escenas intensísimas de su propia
 vida. Consecuencias lamentables de las
 Pascuas.

Tal estado de cosas produce un fenómeno curioso: los teatros quedan desiertos y los empresarios observan, al mirarse en los espejos, que su faz se alarga y que les invade un negro pesimismo. (La contemplación de los paisajes áridos, de las tierras yermas, causa un efecto parecido.)

Y es que las salas de los teatros dan la impresión exacta de que una epidemia repentina ha deshabitado las ciudades... No se ve un alma. Cruje el maderamen al invadirlo la carcoma; se agujerean los cortinajes ante el efecto destructor de la polilla... Y el que se atreve a entrar en un teatro, percibe, allá al fondo, en el tablado, unas mustias figuras que se mueven perezosamente, en un desmayo triste, como fantasmas, como sombras vagas...

Es enero.

ACTIVIDADES INSÓLITAS

Contra todo mal el hombre trata de buscar remedio: contra la fiebre, la quinina; contra la indigestión, el purgante; contra el dolor intenso, la morfina. Si una casa se hunde, procúrase apuntalarla; si llueve, se coloca uno el impermeable; si hace calor, hay que buscar la sombra. También hay que buscarla cuando se tiene el propósito de escribir artículos con *humor*; pero a veces no se encuentra.

Es lógico que el empresario trate de excitar la curiosidad del público cuando le falla el espectáculo, o la gente no tiene ganas de ir al teatro, o cuenta con poco dinero para gastárselo en las taquillas. En este caso viene la renovación de carteles y el trasiego de compañías; ante tal revolución nos encontramos.

Los de Apolo traen a su teatro a la Sra. Mayendía como novedad sensacional.

Al Cómico va una compañía de zarzuela para ir pasando el rato; en la Princesa, con permiso del Dante, van a estrenar *La divina comedia*; en el Centro aparece Zacconi, el insigne italiano; en la Zarzuela, una compañía lírica al *máximo postín*. En todos los teatros, para acabar pronto, se advierte la actividad más absoluta. No hay que olvidar que la muerte se presenta con alarmantes caracteres de agitación...

¡¡YO TAMBIÉN ME DOY
 EL GUSTAZO DE ESTRENAR!!!

Hasta un servidor va a estrenar su comedia y todo. Una comedia que no está bien que yo me la alabe, y por eso me abstengo. Empero como la obra está escrita en colaboración, sería injusto que no elogiase lo que corresponde a mi compañero.

¡Qué bien está lo que ha escrito mi compañero!

Si yo no fuese un hombre ruboroso de

nacimiento y no creyese que ustedes consideraban estos renglones como un *autobombo*, les referiría a ustedes lo buena que a mí me parece la comedia. ¡Tiene un final de acto primero! ¿Y el del segundo? (Un autor cómico escribiría que «el del segundo está bueno; gracias»). ¿Y el tercero?

Los tres son realmente encantadores. ¡Si ustedes pudiesen leer además las acotaciones! En eso he hecho yo verdaderos prodigios. Así como hay autores que ponen en verso las explicaciones

complementarias de sus dramas líricos, yo he puesto todo mi espíritu y mi mejor prosa en esa parte de la obra que suele subrayarse con tinta encarnada y que, por desgracia, no trasciende al público...

¡Cosa excelente, caro lector! Ten la seguridad de que si nos *patean* el «monumento», será por no haber leído lo que yo puse, para mayor comprensión de los artistas que la representaran: las acotaciones.

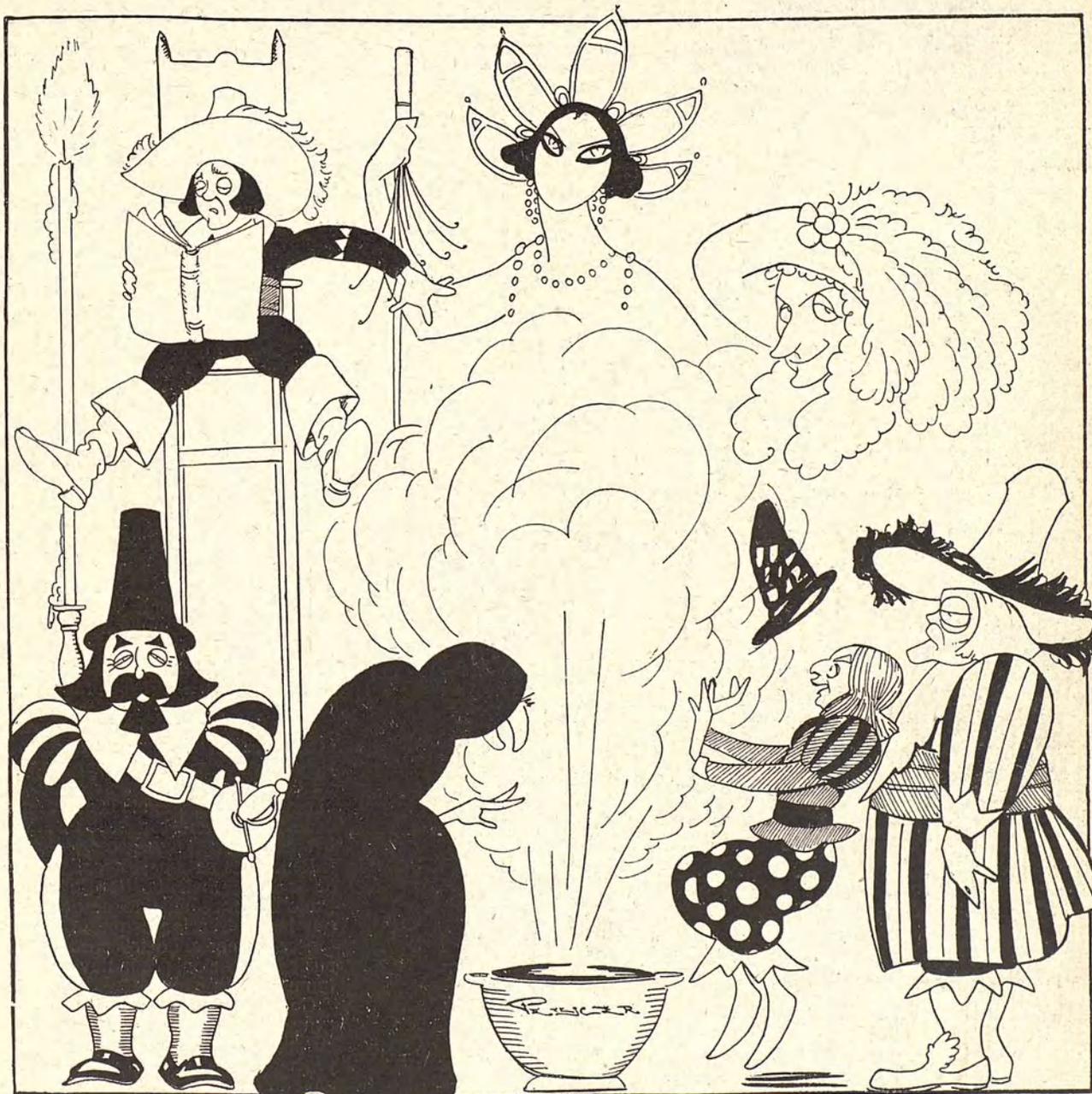
De todos modos, si me honras asis-

tiendo al estreno de mi comedia, te quedaré eternamente agradecido, caro lector. Y si aplaudes, mucho más. Y si no te gusta, me resignaré.

Conste que todo cuanto haga me parecerá bien, menos que me arrojes hortalizas.

¡Cuando voy a estrenar, siento una terrible aversión hacia todos los vegetales! No me he podido explicar aún tan extraño fenómeno.

José L. MAYRAL



Dib. PELLICER.

Señoras Roca y Muñoz Sampedro y Sres. Porredón, Calvo Gutiérrez, Calvo, Porredón Nestosa y Maldonado, principales intérpretes de *Los polvos de la madre Celestina*, que se representa con éxito en el Teatro Español.

UN REMEDIO CONTRA LA LLUVIA

I

Tres meses escasos llevaría en San Sebastián Rendueles, digno empleado de Hacienda, cuando sintió su espíritu invadido por una gran melancolía; en vista de lo cual decidió acudir en consulta a uno de los más afamados médicos de la localidad para que le aliviase del abatimiento que poco a poco iba atenazándole.

El doctor, al conocer las características del decaimiento de Rendueles, diagnosticó:

— Usted padece un principio de neurastenia. Para curarse debe pasear, moverse mucho, y, sobre todo, respirar aire sano... ¡Nada de estar largas horas en locales cerrados!... Permanecer inactivo por completo tampoco le es conveniente. El efectuar algún trabajillo podría servirle de distracción.

— Eso va ser difícil de realizar. Soy empleado del Estado, y en mi negociado nunca hay que hacer. ¡Por Dios, doctor, no pida cosas imposibles! ¡No pretenda usted que un funcionario público trabaje!...

— Bien... Pues, si quiere curarse, ya sabe lo que tiene que hacer. Aspirar aire fresco y sano... ¡Aire, mucho aire!

Dispuesto Rendueles a seguir el plan curativo trazado por el galeno, en seguida de comer se lanzó a la calle para emprender un largo paseo y saturar sus pulmones de aire bienhechor.

Finalizaba el otoño, y el cielo aparecía entoldado por negros nubarrones. Como la ciudad es pequeña, bien pronto se encontró Rendueles en plena carretera.

Unos tres kilómetros llevaría andados nuestro amigo, cuando comenzó a caer una lluvia sutil, menuda. A grandes zancadas inició el regreso hacia la capital para buscar un paraguas que le cobijase del agua que continuaba cayendo tenazmente.

Al llegar a su alojamiento, una sirvienta curiosa le interrogó:

— Qué, señorito, ¿se ha mojado usted?

— Sí. Un poco...

— Pues ahora no llueve nada. Ya verá el señorito luego, en pleno invierno, qué modo de caer agua... A esta lluvia menuda la llaman aquí de dos modos: *sirimiri* y *calabobos*.

— ¡Hombre!... ¡Calabobos!... ¡Entonces, por eso, indudablemente, me he puesto yo hecho una sopa!...

II

Verdaderamente, a Rendueles le sobran motivos para hallarse desesperrado. ¡Cuán diferente el San Sebastián bullicioso del verano de éste triston de la estación invernal! Luego, ¡qué modo de llover!... Allí caía agua sin cesar durante semanas y semanas. Los habitantes de la ciudad acudían a cafés y cinematógrafos para resguardarse de la llu-

via incesante. Mas a Rendueles no le era dable hacer lo mismo. Si se metía en cualquier local cerrado, seguramente enfermaría al respirar el aire enrarecido que flotaba en el ambiente.

No le quedaba más remedio que observar lo dispuesto por el médico. Pero, por contra, ¿cómo transitar por calles y paseos sin exponerse a sucumbir víctima de un remojón?

Porque, ciertamente, no existía medio de evitar que el agua le penetrara hasta los huesos. El fuerte viento reinante hacía del paraguas un objeto inservible. El impermeable tampoco tenía utilidad. ¿Dónde hallar uno capaz de resistir quince días de lluvia consecutiva?... En todos ellos, más o menos tarde, entraba la humedad.

Rendueles usó un impermeable alemán que aguantó ocho días sin calarse. A la semana quedaba, al igual de los fabricados en otras naciones, completamente inútil.

Y es que la Naturaleza a veces puede más que el hombre, aunque éste sea alemán.

Rendueles, no encontrando una solución satisfactoria, estaba dispuesto a renunciar al cargo que desempeñaba y trasladarse a otra población donde lloviese de modo menos pertinaz.

Un día, en plena lluvia, ¡y cómo no!, se dirigió al puerto, donde un buzo laboraba en la colocación de un pilarote. A través del agua transparente se le veía maniobrar, mientras que unos hombres, por medio de una bomba, le enviaban el aire necesario para la respiración. ¡Muy curioso e instructivo! Al contemplar el funcionamiento del interesante aparato, una idea luminosa, admirable, surgió de modo fulminante en el cerebro de Rendueles.

¡¡Sí! ¡Aquello sería su salvación! Con semejante mecanismo podía uno moverse, pasear y respirar aire sano, que se le suministraba por unos conductos de goma resistente. Y todo ello ¡sin mojarse!

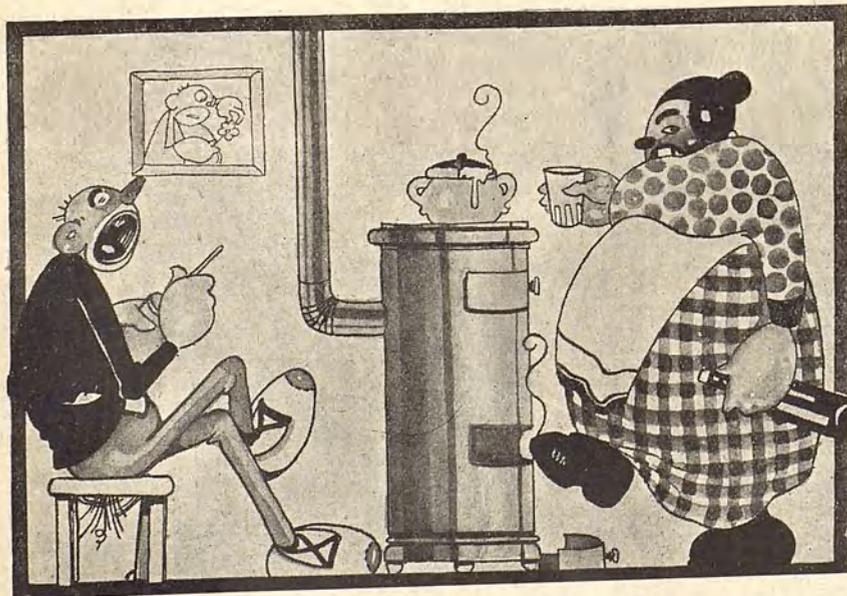
Al salir el buzo del agua, le propuso el alquiler del aparato, para usarlo diariamente. Conviniere el precio, y desde entonces Rendueles se sumerge en el agua y se pasa todas las tardes dedicado a dar grandes paseos en el fondo del mar hasta el anochecer.

Rendueles se muestra satisfechísimo de su descubrimiento. ¡Por fin ha encontrado el procedimiento de poder cumplir las instrucciones que le han sido prescritas por el doctor para lograr la ansiada curación! ¡Ya la lluvia le importa un bledo!

Como algunas personas manifiestan extrañeza al conocer el sistema puesto en práctica por Rendueles, y lo atribuyen a alguna rareza, éste suele exclamar a modo de contestación:

— ¿Preguntan que para qué me meto en el agua?... ¡Pues, sencillamente, para no mojarme!

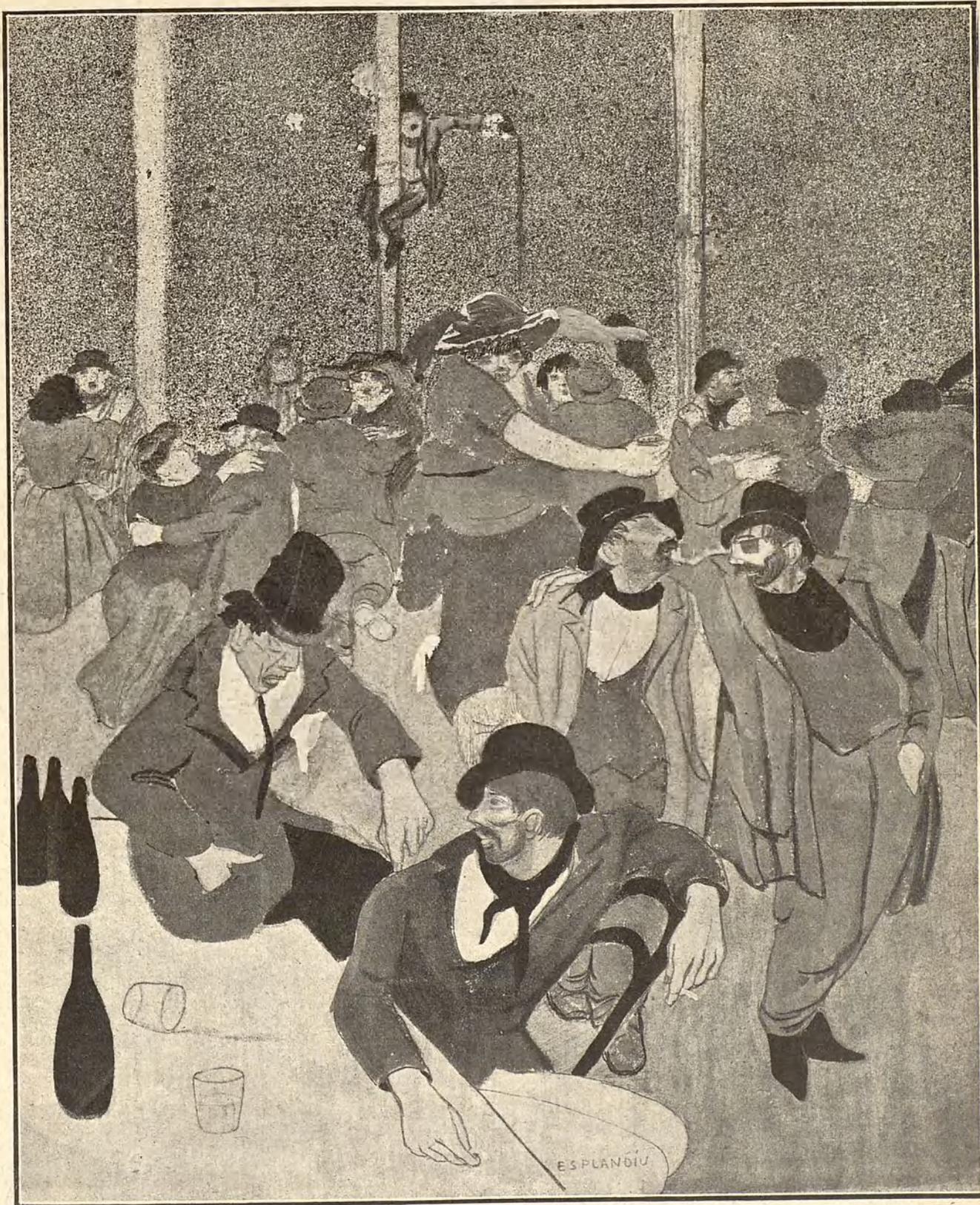
Luis ESTEBAN



VILLANCICO

Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

*Esta noche es Nochebuena,
y mañana es Navidad.
Saca la bota, María...,
¡que te la vas a quemar!...*



— En los cabarets se debía prohibir la entrada a los borrachos y a la mala gente.
— Entonces, ¿dónde nos meteríamos nosotros?

Dib. ESPLANDIU. — Madrid.

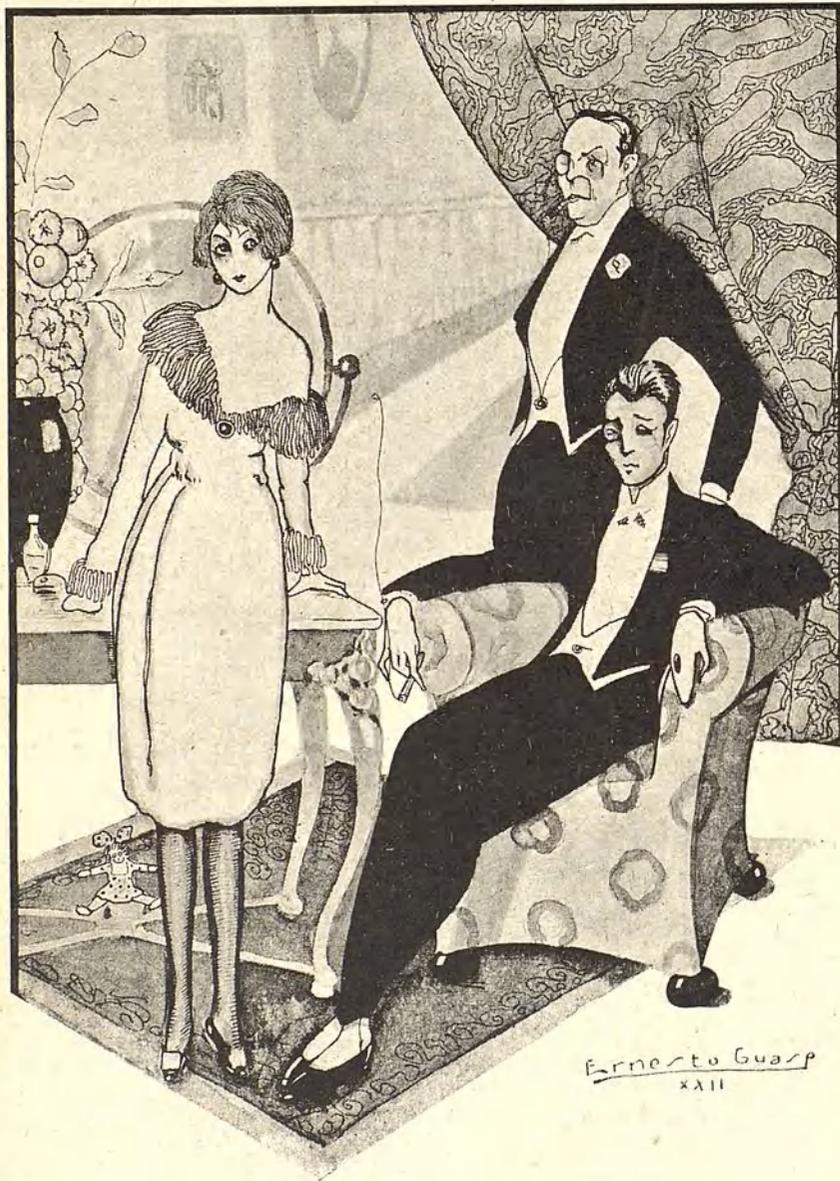
Ayuntamiento de Madrid

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LA ALEGRÍA EN EL ALMANAQUE

Nunca he podido comprender cómo hay gentes capaces de coger una zambomba y salir a la calle dando gritos por el mero hecho de que en el almanaque hay pintado un 25 con letras en-

carnadas. Puede ser que en otros tiempos, de gentes más sencillas y piadosas, la fecha del nacimiento del Mesías infundiese en los corazones cristianos el deseo de cantar mesurada-



EN EL CUARTO DE LA ACTRIZ

Dib. GUASP. — Valencia.

LOS POLLOS. — *En el primer acto ha estado usted estupenda; en el segundo, brutal; en el tercero, bestial; y en el cuarto...*

ELLA (que en el fondo es una ingenua). — *En el cuarto no se está mal; sólo que, con tanto pelmazo..., es preferible estar siempre en escena.*

Ayuntamiento de Madrid

mente villancicos y alabanzas al niño de Belén.

Las autoridades, ante ese impulso y esa alegría inocente, no impedirían que en esa noche se pudiera cantar y armar un poquito de ruido, para dar expansión al fervoroso contento de los ciudadanos.

De esto, a través de los tiempos y de las relajaciones, ha quedado tan sólo una fecha en la que se puede chillar en la calle sin incurrir en el entorpecimiento de la vida ciudadana ni en el enojo de los guardias de Orden público.

Pero lo de menos es Belén y el Niño y los pastores.

Yo he visto en la última Nochebuena a tres hombres con una zambomba cantando el *Maldito tango*.

Según esto, ya la Nochebuena no tiene razón de ser más que en la misa del gallo y en los corazones de las buenas almas.

¿Por qué se obstinan, entonces, en conservar esa fiesta?

Es muy sencillo. El Ayuntamiento tiene el deber de velar por las tradiciones. Por consejo del Sr. Répide, a falta de gente que alegre la Nochebuena en las calles, el Ayuntamiento contrata unas tres docenas de hombres con bufanda. La condición para ocupar una de estas plazas es demostrar suficiencia en el manejo de la zambomba y de la pandereta. Inútil será decir que los que sepan tocar el rabel son muy preferidos a los demás; pero, por desgracia, esta preciosa minoría ha desaparecido, o, por lo menos, se encuentra muy oculta.

No se exige en el programa de estas oposiciones el villancico. Hubieran quedado desiertas todas las plazas. Ya nadie sabe villancicos. Ni siquiera aquel modelo y pauta de villancicos, como es el de Violante modelo y pauta de sonetos:

«En el portal de Belén
hay Estrella, Sol y Luna;
la Virgen y San José,
y el Niño que está en la cuna.»

Lo único que se consigue es que canten; y de no cantar villancicos, importa poco que canten el *fox-trot* de los plattillos o el *Luis Miguel*.

Que canten, eso sí. Que canten y escandalicen.

Un vigilante en cada calle céntrica estará al cuidado de que cumplan bien su cometido, y aparecerá, amenazando con la destitución o la suspensión de empleo y sueldo, en el momento de desaliento o de desmayo, cuando el pobre zambombista deje de alborotar y armar jaleo.

Por eso vemos en Nochebuena unos pobres hombres que arrastran su ficticia alegría por las calles. Es una alegría falsa y mal imitada; tiene que ser así. De otro modo, serían los primeros empleados del Municipio que cumplirían bien su cometido.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO

LA HUELGA DE LOS RELOJES

Tic, tac, tic, tac, penduleaba el reloj, mientras el hombre de negocios, sentado ante la mesa, seguía haciendo números. Y en las intermitencias insolentes de sus segundos, se comprendía que el reloj estaba ofendido. Excitada mi curiosidad, decidí esperar debajo del diván, para interrogarle cuando estuviésemos a solas, abandonando, de momento, el principal objeto de mi visita a aquella casa. El reloj, sin duda ignorando mis intenciones, seguía contando el tiempo con la lentitud de costumbre.

Cuando ya mi espina dorsal empezaba a tomar una curvatura alarmante, unas pantorrillas encarnadas aparecieron en la puerta, anunciando con voz respetuosa a dos visitantes. Vi los pies del señor rebullir, levantarse, recibir a cuatro pies que llegaban, y juntos vinieron a sentar algo que yo no divisaba sobre el techo de mi reducido encierro. Creí que se hundía, tanto crujieron sus muelles.

Se enredaron en una conversación para mí incomprensible, en la que mezclaban los números con el sentido común. Y cuando a éste se referían, se agitaban sus pies con violencia.

Eran, sin duda, hombres de negocios. En tanto, el reloj seguía con su tic, tac monótono y amargado.

Yo, cada vez más encogido, pegándome a la pared, huía de los taconazos que se dirigían enconadamente hacia mi cabeza.

Hubo un momento, cuando éstos pegaban con más agitación, en que me creí descubierto: me parecía que aquellos honrados industriales estaban discutiendo conmigo.

Después de largo rato así dejaron de razonar, parando los pies, y se marcharon juntos.

Suspiré con satisfacción: podía salir de mi encierro y conversar con el reloj, que también había suspirado.

Recobrando la elasticidad con unas flexiones, fui a sentarme en el aun caliente sillón del dueño de la casa.

El reloj, al ver a un desconocido, giró extrañado una manecilla, no sé si en actitud de saludo o de amenaza.

— Amigo Reloj — comencé a decirle con tono persuasivo —, no te alarmes; soy un humilde escritor que, enterado de tus pesadumbres, viene a celebrar una entrevista contigo. Háblame como si fuera un hermano. Yo nunca he empeñado a ninguno de tus semejantes: te lo juro.

Y él, lentamente, refirió todas sus desventuras:

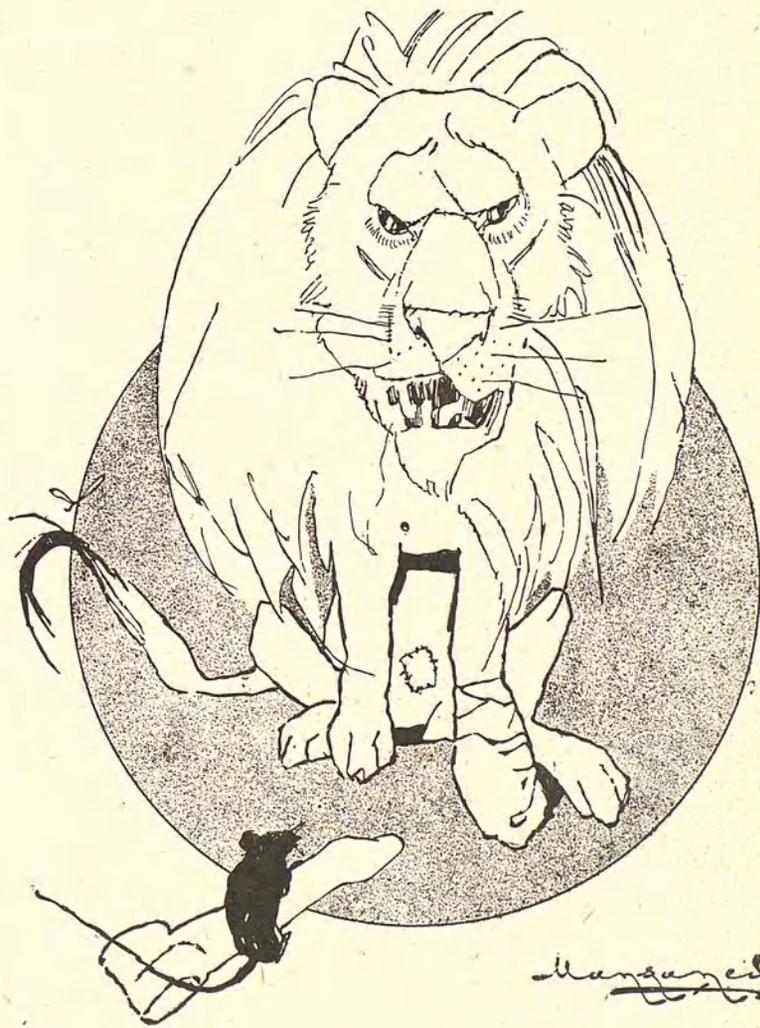
— Llevo cinco años en esta casa y en este mismo sitio. Cinco años de trabajo constante, y durante ellos he visto desfilar por aquí numerosas comisiones de obreros. Todos pedían, y conseguían después, menos horas de trabajo y más jornal. Sólo yo, en ese tiempo, no le he

pedido nada, marcándole durante las veinticuatro horas de todos los días la pauta de su vida, cargado con estas molestas y feas ruedecillas que me han medido en el estómago. Y así todos mis hermanos en sus diversas colocaciones. Por eso hace ya una temporada nos sindicamos y acordamos exteriorizar nuestra protesta. Desde entonces hay muchos relojes que no marchan bien, que se adelantan, se atrasan o se paran, perjudicándose en todo lo que pueden. Pero vosotros, con toda esa inteligencia que decís tener, no os habéis dado cuenta de a qué obedecía ese casi unánime

movimiento. Y en vista de esta desatención, vamos a conminaros con la presentación de unas severas bases, muy humanas. Ocho horas de trabajo y menos maquinaria dentro. Y ¡ya veréis, ya veréis como no sean aceptadas!

Hoy, pasado ya tiempo de esa entrevista, ha vuelto ella a mi memoria por un ligero incidente. Mi reloj se niega a marchar. ¿Será debido a que ya está en huelga? ¿O a que ya hace varios días que se me cayó desde el balcón a la calle?

CARLOS DEL RIVERO



Manzanedo

Dib. MANZANEDO. — Madrid.

— ¿Qué te pasa en la pata, Sultán?

— Que me ha mordido el domador.

Ayuntamiento de Madrid

TITIRIMUNDILLO

«El representante del Jalifa se presentó en Melilla con su mehalla, llevando al frente dos pendones.»

¿Dos pendones? No nos parece serio. ¡Qué habrá dicho el Jalifa al enterarse!

«La Sociedad Económica del País.»
¿Económica ha dicho usted? Eso era antes. Ahora también se ha subido, como todo.

«No creemos que el ministro de la Gobernación se preste a hacer ese juego.»

Ni ése, ni otro. Hay que tener en cuenta que se trata de un ministro.

Según dice un periódico, en los Estados Unidos hay lozanía y hay frescura.

Lo que es a frescura no creemos que nos ganen ni en los Estados Unidos ni en la Patagonia.

Racha de banquetes para los actores argentinos que actúan en Madrid.

Así, no sólo se estrechan los lazos, sino que se festeja al estómago.

¿A que hay más comensales por lo segundo que por lo primero?

En París se ha autorizado a mezclar el trigo con la cebaba para hacer pan.

No nos extrañaría que los consumidores saliesen luego dando coces.

Hay una cupletista que canta Acuérdate de mí.

Estamos viendo a los espectadores haciéndose un nudo al pañuelo.

Para acordarse de la cupletista.

«El número es para gobernar», ha dicho García Prieto.

No, hombre; el número es para saber dónde vive uno.

O para saber si le ha tocado la lotería.

En estos días se habla del nuevo arriendo de las cerillas.

Es de creer que la cosa se hará con cabeza.

¡Ah!... Y las cerillas también, que buena falta les hace.



"COLOR"

REVISTA DE LETRAS ALEGRES

Y MUNDANAS

Y DIBUJOS FRÍVOLOS

Al anunciar un editor de París, nada menos que Pierre Lafitte, una nueva revista de las que en España se acostumbra a llamar galantes, decía de ella que resucitaría, modernizado, el espíritu del siglo XVIII, lleno de sutilidad, de ternura y de ligereza, espíritu de Voltaire y de Marivaux, sonriente, *frondeur* y acariciante. Los organizadores de *Color* han imaginado dar a su revista ese espíritu de ligeras malicias y de picardías elegantes, creyendo que bien puede sostenerse en España la sonrisa sin que se convierta en procacidad. Picardía *bien*, galantería de buen tono, atrevimientos de dibujo que nunca bordearán el mal gusto. Piernas finas, senos finos, como los de las figulinas que decoran los salones... *Color* reunirá todas las firmas españolas que han sostenido, sin abdicaciones obscenas, el alegre ingenio. También a todos los dibujantes que han sabido poner una solidez española en la tradición dibujante de París y Viena.

"COLOR"

será como un regalo de año nuevo. Constará de diez y seis páginas de texto, con grabados bicolor y fotografías. Su precio es el de

50 CÉNTIMOS



ANTONIO CASERO

Dib. CASERO. — Madrid.

— ¡Es un grosero!... Le dijo su mujer que nos acompañara, y contestó: «Con dos beatas falsas, no puedo ni tomar el tranvía...»

Ayuntamiento de Madrid

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

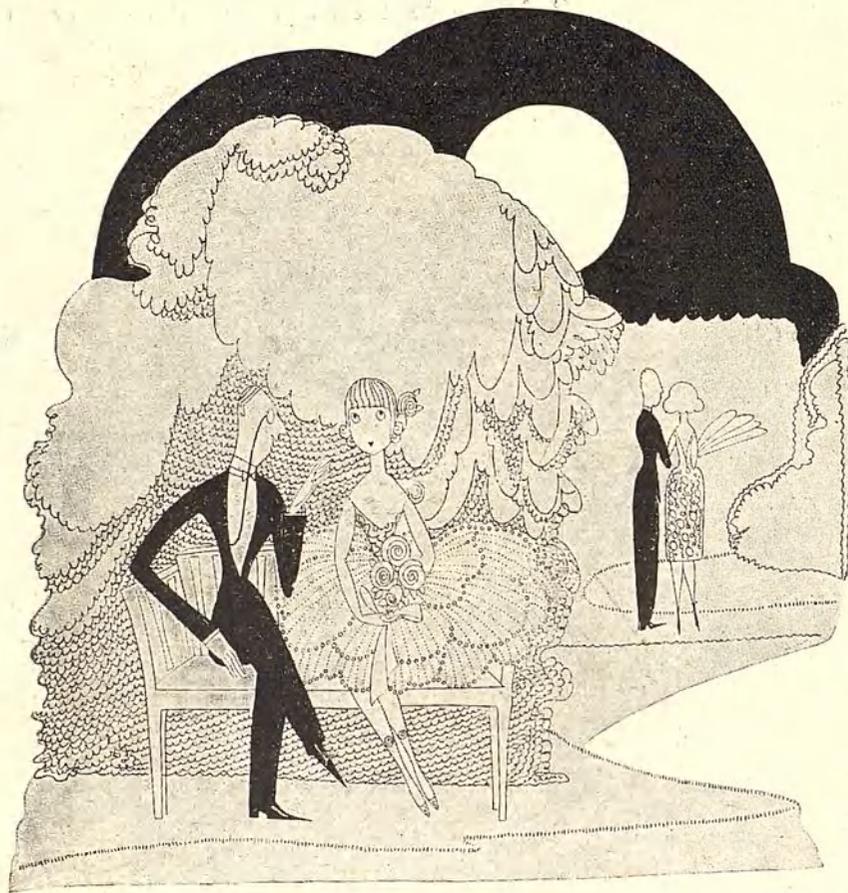
" F I S H "

Son conocidas las novelas de María Antonieta de Riquetti de Mirabeu, condesa de Martel de Janville; pero estos nombres se ignoran por sus lectores. La condesa de Martel de Janville firma sus libros con el seudónimo *Gyp*, y desde hace cincuenta y cuatro años — ella tiene ahora setenta y dos — viene comentando en sus obras el gran mundo, las ridiculeces, majaderías, prejuicios y canalladitas de eso que se llama *gran mundo*.

Pero si se conocen bien las novelas aristocráticas de *Gyp*, divergentes de las de Paul Bourget — con su obsesión inicial de no imaginar conflictos sentimentales más que en los alcurniados y los millonarios —, se desconoce, además del nombre oculto bajo el seudónimo *Gyp*, otro aspecto de la ancianita burlona: la caricatura. *Gyp* dibuja monigotes. Los firma con el nombre *Bob*, que hizo popular su segunda novela (*Petit Bob*), publicada en 1868.

Estos monigotes son de una espiritualidad ingenua y frágil. Dan la sensación de algo ingravido, quebradizo y sutilísimo. Lógicamente, se limitan a figuras, escenas, ambientes y anécdotas aristocráticas. *Bob* no desciende a dibujar los modelos de Steinlen o de Forain; *Bob* no se preocupa de problemas societarios, y desdena la mesocracia y la crasa burguesía. Para *Bob* no existen más que poseedores de títulos nobiliarios y de títulos bancarios. Lo demás, ni lo ve siquiera.

¿Por qué *Fish* me hace recordar estos dibujos de María Antonieta de Riquetti, etc., etc., etc.?



PRIMAVERA. — Amor al claro de luna.

La viejecita *Bob* es francesa, y sus monigotes son defectuosos. El joven *Fish*

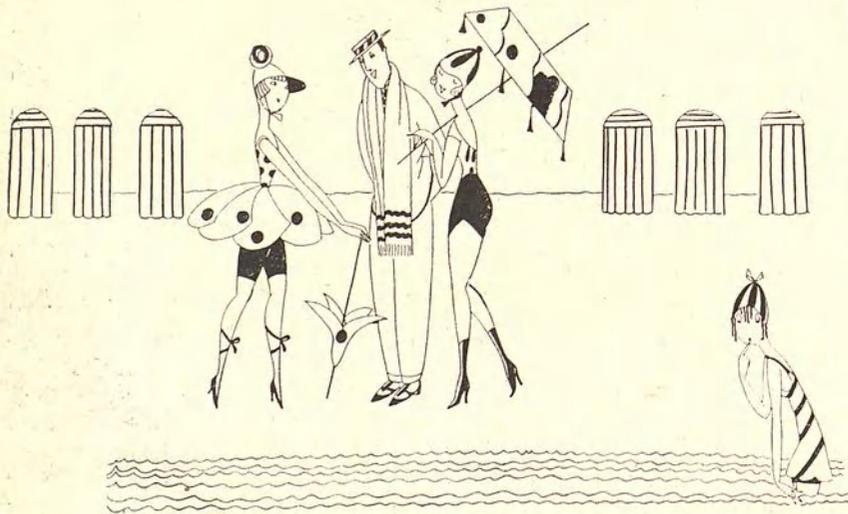
es norteamericano, y sus caricaturas son admirables. A primera vista, nada autoriza ese recuerdo de los caprichos gráficos de *Gyp*. Y, sin embargo, *Fish* tiene un poco el alma de la novelista parisiense, con todas las ventajas modernizantes de un alma de caricaturista neoyorquino.

Fish posee una línea francesa — del francesismo agermanado por prurito de estilización y síntesis que acuciaba el estilo de ciertos dibujantes *d'avant guerre* —. *Fish* traza sus personajes con cierta ironía de monigotista, de muñequista.

Fish no sólo prefiere, sino que se ha exclusivizado en los episodios grotesco-satíricos sentimentales del gran mundo.

Por eso, sutil identidad de propósitos y de procedimientos une, sin acaso darse ellos mismos cuenta, a *Gyp* y a *Bob* con *Fish* hasta en la eufonía monosilábica de los seudónimos.

Evocan la misma artificial parodia de la verdadera vida sin salir de *la gran vida*. Su humorismo — literario o caricatural — está dentro de semejante frivolidad de criterio y de expresión. No



VERANO. — LA NOVIA (en el agua). — ¡Razón tenía mamá, que los baños de mar son muy peligrosos!...

le compartimos, claro es; pero nos divierte. Puestos en el dilema inevitable de leer a Bourget o leer a Gyp, la elección no es dudosa: Gyp. Entre ver los cuadros de un pintor de los que llaman aristocráticos — La Gándara, Boldini y sus sucedáneos — o contemplar las caricaturas de Fish, tampoco puede haber la menor vacilación: Fish no adula.

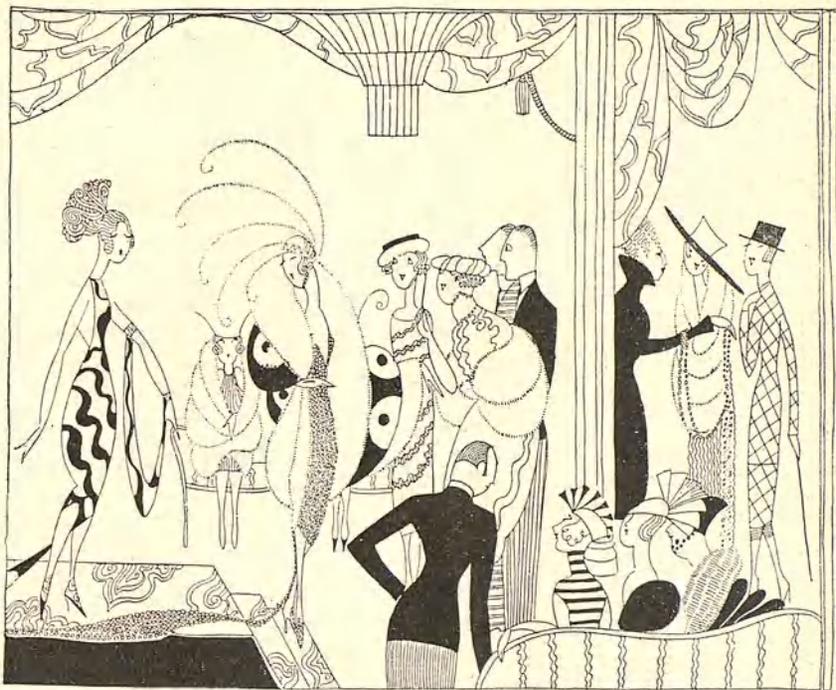


Antes de publicarse los modernos semanarios de elegancias yanquis — *Vanity Fair*, *Vogue*, etc. —, Fish no podría clasificarse como un dibujante yanqui. Durante veinticinco o treinta años, el dibujo yanqui está supeditado al trazo metódico de Dana Gibson. Tiene centenares de imitadores, y las *girls* rubias, espigadas y un poco melancólicas del maestro, se consideran el único ejemplo digno de estudiar... y de plagiar.

Fish, y con Fish sus compañeros de arbitraria interpretación de las *girls* de hoy, se alejan absoluta y definitivamente del concepto equilibrado de Gibson. Fish, Frueh, Rea Irving, *Babette*, son coetáneos del jazz, de las películas desorbitadas y de las nuevas tendencias pictóricas.

Sus dibujos intentan destruir las viejas preceptivas lineales. Su humorismo es más rápido y su trazo más esquemático. Crean, frente a la elegancia francesa o británica — las raciales, las responsables elegancias de la Europa, que no podrá sino transitoriamente dejarse arrebatar este cetro de la moda —, la elegancia yanqui. Elegancia de *cabaret*, con músicos negros, refrescos de colores y epilepsias coreográficas; elegancia de actrices de *film* de aventuras; elegancia que es sólo un pasajero disfraz de esnobismo...

Pero todo esto, que, tomado en serio, no merecería ningún comentario, adquiere en las sátiras de Fish una consideración de arte que el macaco danzante de fox-trot, shimmy y de one-



OTOÑO. — Los modelos para el invierno.

stept, y las hembras de su especie, no pueden inspirar por sí mismos y en las funciones propias de su sexo.

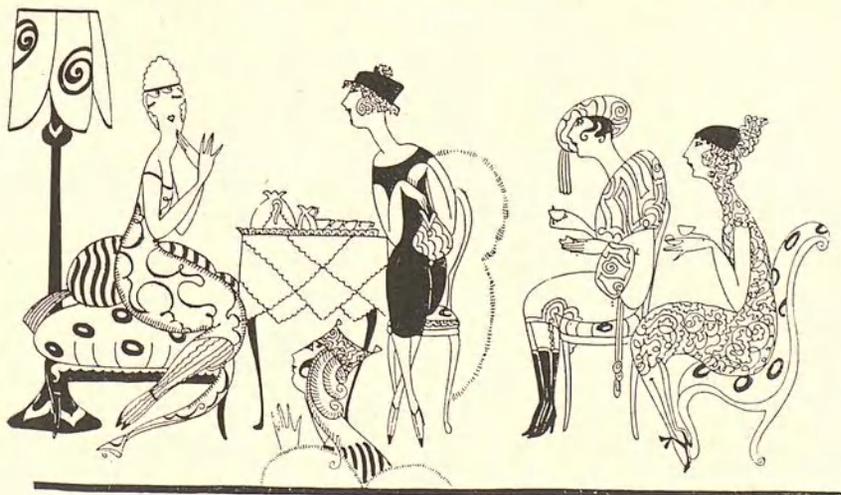
Fish construye con líneas rectas y finas, con trazos de una comicidad sutil, marionetas bien vestidas, que hacen tonterías, que dicen tonterías, que piensan tonterías: el gran mundo, en una palabra.

El gran mundo, desde los palacios seculares o improvisados hasta los ambiguos *dancings* de última hora. Fiestas nocturnas, partidas de *tennis*, de *golf* o de polo, caravanas de automóviles lujosos... Y además, los conflictitos pasionales entre esos bípedos que la Humanidad contempla entre las líneas agudas

de Fish como a través de los hierros de una jaula: los monos inquietos, lujuriosos y... aburridos al fin.

Las mujercitas de Fish — Melisande, Alice, Zoe, Lolette — parecen encantadoras con sus ojos de bebé que acaba de sorprender a su mamá, gorda, completamente desnuda, en el baño, con sus cabelleras cortas y rizadas a lo salvaje de opereta, con su boquita de corazón de pájaro mosca y con sus dengues de golfita que no quiere parecer demasiado plebeya. Sus hombres son irremediamente cretinos. Igual el cazadotes o cazacopas deportivas que el amasador de millones con palacio propio en la Quinta Avenida. Pero Fish los dibuja sin rencor y sin desprecio. Los satiriza con guante blanco, y sabe de tal manera acertar su espiritualidad con la miopía intelectual de ellos y ellas, que Fish es su dibujante favorito, al que se esfuerzan en copiar las *girls* y los *boys* de la buena sociedad. Incluso quieren copiar los accesorios de los dibujos de Fish, sin comprender que Fish se burla de todo lo que rodea a sus modelos habituales: muebles, trajes, joyas, jardines, playas... La propia Naturaleza, al ser contaminada por esa laya de gentes, ya no merece el respeto de Fish.

En cuanto a nosotros, vemos la obra del dibujante y los motivos que la inspiran como algo lejano, efímeramente curioso, incapaz de emocionarnos ni de incorporarse a las preferencias estéticas de nuestro espíritu: la jaula de simios que divierte un rato y aburre por último.



INVIERNO. — El té de las cinco.

José FRANCÉS

NUEVAS APORTACIONES PARA EL DESCUBRIMIENTO DE LA CASA DE PRÉSTAMOS

LOS HABITANTES DE LA TIERRA SE DIVIDEN EN DOS GRANDES BANDOS

La casa de préstamos es uno de los sitios de que más abominan todos, y, sin embargo, al que todos recurren con más frecuencia. Esto desde luego no es axiomático; es sólo un punto de vista.

¿Quién en su vida no se ha visto obligado a empeñar algo? Hay personas cuya juventud está íntimamente ligada a las casas de préstamos, y otras que, en este sentido — ¡ay! —, han vivido en perpetua juventud.

Tanto es así, que un amigo mío divide a los habitantes de la Tierra en dos grandes bandos: los que empeñan cosas y los que no las empeñan. Estos últimos son más decisivos: las venden.

Desde luego este amigo mío es un caso excepcional.

En todas partes hay casas de esta índole; pero las de Madrid tienen un carácter tan especial, tan castizo, que no creemos lo tengan las de otro punto cualquiera.

En ellas, como en los puestos del Rastro, se encuentran los objetos más inverosímiles.

— Pero ¿es posible — se dice una a veces — que se haya podido empeñar esto?...

Es necesario detenerse ante el escaparate de una casa de préstamos de la castiza Corredera, de la calle del Pez, de la de San Bernardo o de cualquier otra calle madrileña, porque las casas de compraventa abundan que es un primor...

Es fácil encontrar reunidos en un escaparate de éstos objetos tan incómodos como un paraguas, un fonógrafo, una navaja de afeitar, una ratonera de último modelo y una máquina neumática.

Porque desde luego hay naturales restricciones en la adquisición de chirimbolos; pero también hay individuos de una gran fantasía que, acuciados por una necesidad apremiante, logran convencer al industrial, al honorable industrial, de que *aquello* tiene salida, o de que, si no la tiene, lo desempeñarán a los pocos días.

Puede oírse a una persona que está muy apurada:

— ¡Ya, señores, no puedo más! ¡Estoy empeñado; pero que hasta la camisa!...

Y esto, que casi siempre se dice metafóricamente, es en

la mayoría de los casos de una terrible realidad.

En diferentes ocasiones me han preguntado algunas dichosas personas si es posible empeñar una cosa tan íntima como la anteriormente nombrada.

¡Que si es posible!... No es difícil oír en cualquier calle a dos individuos que se encuentran de improviso lo siguiente, digno del método de Ahn:

— ¡Hola, querido! ¿Tienes ahí diez reales?

— No; pero tengo cinco camisetas.

Y esa respuesta no es ni más ni menos que la salvación. ¿Comprenden ustedes?...

DOS MANERAS DE EMPEÑAR

El dependiente de una casa de préstamos es de lo más avisado en la distinguida clase de dependientes de comercio — la del ramo de sedería, la del de perfumería, son temperamentalmente líricas. «¡Oh, señora!» Ojos en blanco, maneras lánguidas... —; y son más avisados los dependientes de casas de préstamos, porque, no solamente reúnen la cualidad de ser buenos tasadores de toda clase de objetos, sino la de ser grandes psicólogos.

Por eso es difícil que lo engañen. Y

tanto... Por lo que vale cincuenta, dan tres... Y gracias.

— Sólo hay dos modos — me decía también una vez el amigo a que antes aludí — de empeñar algo y de que paguen medio decorosamente. O congratándose con el prestamista — cosa difícilísima —, o presentándose ante él con infulas de gran señor que casualmente se encuentra sin dinero y se ve obligado a empeñar un objeto. Para obtener un buen resultado por el primer procedimiento es necesario tener una gran imaginación, y sobre todo mucha labia. ¿Comprendes?...

En eso quien ha batido el *record* ha sido el poeta Villaespesa, el cual — según ha dicho Carrere — empeñó en cierta ocasión una calavera!, diciendo que se trataba de un recuerdo de familia! y que por eso la desempeñaría en seguida.

Para estos casos, si no se tiene un gran dominio de escena, se fracasa.

Otro amigo mío logró, en cierta ocasión bastante apurada, empeñar por este sistema un sombrero de fieltro. (El sombrero es una prenda que no admiten en las casas de préstamos. Aquí de la erudición.)

En la casa de préstamos adonde fué ya le conocían y le tenían cierta consideración. Desde el mostrador, y a través del escaparate, le vieron gesticular apasionadamente con otro individuo que, al parecer, le increpaba. De pronto, se separó violentamente del desconocido, que quedó esperándole. Entró en la tienda como una tromba.

— ¡Señores, buenas tardes! ¡Por lo que más quieran, espero de ustedes un favor!...

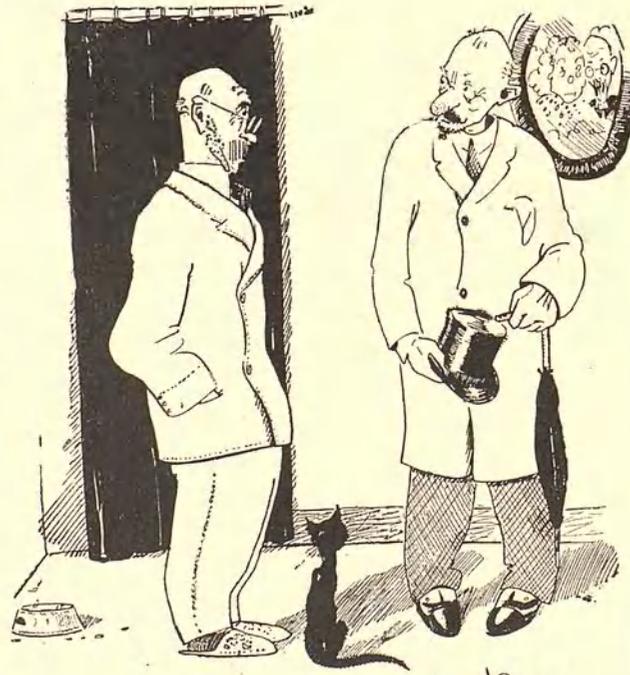
— ¿Qué le ocurre a usted?

Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre el mostrador.

— ¡A prisa! ¿Cuánto me da usted por este sombrero?

— ¡Pero, hombre, si nosotros no admitimos sombreros!...

— ¡Ya lo sé, sí, señor; es un favor especial. (Todo esto muy atropellado.) Pero es que estoy en un compromiso terrible; ya usted ve, me voy a casa con la cabeza al aire... Vuelvo por él dentro de un momento... Es que ese imbécil de inglés cree que no le pago porque no quiero, y para que vea palpablemente mi actitud, quiero darle algo, aunque sea muy poco, y me pilla sin un céntimo... ¡Déme usted por el sombrero cualquier cosa; lo desempeño dentro de un rato; cinco pesetas, cuatro pesetas...

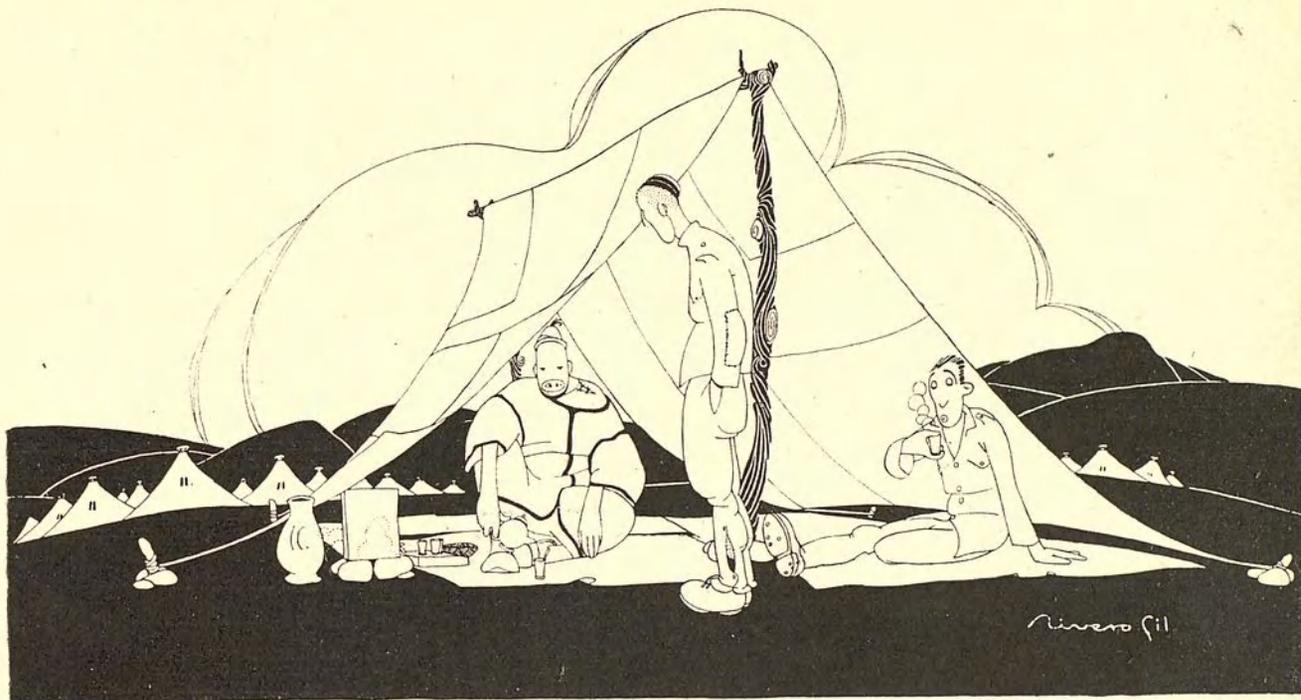


Dib. CUESTA. — Madrid.

— ¿Qué le parece a usted mi señora, doctor?

— Que no me gusta nada.

— Ni a mí tampoco.



LOS LUNES DEL RIF

Dib. RIVERO GIL. — Melilla.

— ¡Ca, hombre! ¡Qué le voy a dar cuatro pesetas por eso!...

— ¡Bueno, lo que a usted le parezca; si yo lo que quiero es demostrarle a ese quién soy yo! (Y se paseaba a grandes trancos de una parte a otra de la tienda.) Es un favor especial, que siempre le agradeceré...

— ¡Bueno, hombre, tome usted tres pesetas!... ¡Chico, extiende la papeleta a este señor!...

Así. Se salió con la suya.

Luego se paseó por Madrid con la cabeza al aire durante más de un mes. Pero ¿qué importaba? Para eso él tenía una frondosa cabellera.

Luego vendió la papeleta en un duro. Porque era lo que él decía convenciendo al comprador:

— Ya usted ve: ¡cómo será el sombrero, que me lo han admitido en una casa de préstamos y me han dado por él tres pesetas!

De no ser así, por este sistema, hay que hacer ver que el dinero se necesita para una cosa sin transcendencia y hablar jovialmente con el prestamista.

— De mi presentación depende que por este gabán — me decía otra vez otro amigo — me den tres duros o nueve. ¡Ya vez qué diferencia!

— Y ¿qué haces?

— Pues convencer al prestamista de que necesito dinero para divertirme. Y para esto no hay como presentarse ante él acompañado de amigos, y mucho mejor de amigas, en un plan lo más festivo

posible. En este caso, el buen hombre, tras el mostrador, no solamente mira y remira el gabán, sino al acompañamiento, y piensa que, aunque le resulte arriesgado, mientras más dinero dé por él, más cobrará de rédito. Porque aquellos son unos señoritos juerguistas que, pasado mañana, en cuanto reciban dinero de sus casas, desempeñaran las prendas.

No hace muchos días que hablaba de esto mismo con varios, y dijo uno:

— Yo poseo la colección de papeletas de empeño más pintoresca que pueda tener nadie.

— ¡A ver!

Y nos enseñó las papeletas. La parte manuscrita de la primera decía:

«Don Gonzalo de Berceo ha vendido en este comercio, en el precio de cuatro pesetas, seis pares de calcetines de seda.»

En otra:

«Don Jorge Manrique ha vendido en este comercio, en el precio de diez pesetas, una americana de alpaca.»

Y así las demás. El prestamista explotaría al que se vió obligado a empeñar aquellas prendas queridas; pero él se vengó sibaríticamente haciéndole patentizar su incultura.

EL CHALECO MÁGICO

Un día, otro amigo, que hoy vive de un modo fastuoso, me contó lo que le ocurrió en una situación apuradísima.

Tan apurada, que en pleno invierno como era iba de verano. Su única prenda de abrigo era un chaleco rojo, de seda, y tuvo un día que empeñarlo en una casa donde, por cierto, le conocían.

He aquí la magia del chaleco:

No había hecho más que empeñarlo, cuando recibió una carta del señor que le iba a colocar, citándole. ¡Cómo se iba a presentar ante él sin chaleco, con el frío que hacía!... ¡Y qué pensaría de él!... Se obsesionó con esto; fué a ver al prestamista y le rogó, por lo que más quisiera, que le dejara el chaleco por unos días.

— Apenas vea a ese señor, se lo traigo.

El prestamista se ablandó, y pudo acudir a la cita con su magnífico chaleco color de cangrejo cocido. Pero aquello no le resolvió nada su situación económica; y como estaba apurado y necesitaba dinero, en vez de llevar el chaleco a la casa donde estaba empeñado, lo llevó a otra, y cobró por él nuevas pesetas. ¡Dichoso problema cotidiano!...

— Y aquí está lo verdaderamente mágico del chaleco — me decía mi amigo —. Resulta que el primer prestamista, que me conocía, y que era muy desconfiado, me vió en la calle sin chaleco, y me dijo muy seriamente que, si no lo llevaba, tendría con él un lío bastante gordo. ¿Qué hacer? Pues fui a ver al segundo prestamista, le coloqué otra historia, y me dejó el dichoso chaleco por unos días. Como comprenderás, se lo llevé inmediatamente al primero, que

DEL BUEN HUMOR AJENO

¡QUE PIERDO EL TREN!, por Arnold Bennet.

I

quedó transitoriamente contento; pero estalló el conflicto que yo ya preveía.

— El otro, quizás...

— ¡Pues eso es, el otro! ¡Que también me vió en la calle, y me dijo lo mismo que el primero! ¡Y aquí me tienes tú sacando otra vez el chaleco de la primera casa para llevarlo a la segunda, y después de la segunda para llevarlo a la primera, y así ¡hasta diez veces seguidas! ¡Hasta que pude pagar las papeletas y lo desempeñé!...

El maravilloso chaleco color de canjejo cocido lo conserva mi amigo como si fuese una reliquia.

FRANCISCO DE TROYA

Arturo Coterill se despertó. No despertó con el presentimiento de algún desastre. A través de los visillos verdes pasaba la luz de un farol. Arturo distinguía, merced a ella, el cuerpo de su hermano Simeón, dormido profundamente en la otra cama. Vió después el baúl abierto, junto al tocador. Después miró al reloj de encima de la chimenea, y le pareció como si le apretasen el corazón con unas pinzas. ¿Por qué no había mirado antes al reloj? ¿Era posible haber permanecido despierto durante cinco minutos sin dirigir la mirada al reloj? ¿Acaso no dependía su vida entera de aquel reloj?

El reloj marcaba las siete menos diez, y el tren

debía pasar a las siete y diez. Había más de diez minutos hasta la estación, y tenía que vestirse, abrocharse las botas nuevas y acabar de hacer el equipaje.

Había que hacer algo. Aunque estaba despierto, no podía moverse; las tenazas le oprimían el corazón.

Aunque sólo fuera, se iría con lo suyo, dejándole el baúl a su hermano.

— ¡Simeón! — gritó al fin poniéndose en pie; y gritó de nuevo, como el aludido no contestase: — ¡Sim!

— ¿Qué pasa? — preguntó tranquilamente Simeón.

— ¡Hemos perdido el tren! ¡Son las siete menos ocho! — contestó Arturo, y, saltando de la cama, empezó con histérica prisa a preparar su equipaje.

Simeón sacó un reloj de debajo de la almohada y, después de ver la hora, dijo:

— Bien. De todos modos, será mejor levantarse. Son las seis menos ocho. Tenemos por delante una hora y diez y ocho minutos.

— ¿Qué dices? El reloj iba bien anoche...

— Pero yo lo adelanté.

— ¿Cuándo?

— Cuando tú te acostaste.

— No te vi.

— No; pero yo lo adelanté.

— ¿Para qué?

— Para tener tiempo de sobra.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

— Si te lo hubiera dicho, sería como no adelantarlo. El que adelanta el reloj y les va contando a todos los de la casa lo que ha hecho, es idiota.

Arturo, aunque quiso gruñir, no podía enfadarse. Las tenazas habían desaparecido. Era libre y no desgraciado. Podía coger el tren.

Simeón se acercó a la ventana y miró la carretera.

— Hay un poco de niebla.

Arturo sintió de nuevo las tenazas.

— Pero clareará — continuó.

Luego, Simeón salió al pasillo y gritó:

— ¡Señora Hopkins!... ¡Señora Hopkins!...

Cuando volvió a la alcoba dijo:

— Estaba ya vestida y dispuesta para bajar. El desayuno estará dentro de diez minutos.

— Muy bien — dijo Arturo.

A las seis y cuarto estaban los dos vestidos. A las seis y veinte estaba hecho el baúl, cerrado y liado.

— ¿Qué vamos a hacer con este baúl para bajarlo por las escaleras?

— Cuando venga el mozo — dijo Simeón —, entre él y yo lo bajaremos. Es mucho peso para ti.

A las seis y veinticinco estaban desayunando. Arturo comprendió que todo marchaba bien. A las seis y media se habían bebido cinco tazas de te y se habían comido cuatro huevos, cuatro lonchas de jamón y libra y media de pan. Simeón, que era la tranquilidad llevada a la exageración, cargó la pipa y empezó a fumar. Tenía cuarenta minutos para tomar el tren de la línea de Loop, si venía sin retraso. Había un buen margen para toda clase de contratiempos.

— El mozo debe de estar al llegar — dijo Simeón a las siete menos veinticinco, mientras cepillaba su sombrero —. No se habrá usted olvidado, señora Hopkins, de avisar anoche al mozo de estación...

— ¡Oh, no, señorito Simeón! Al segundo mozo, Merrith. Le dije que trajera la carretilla.

La campana del reloj del hall dió los tres cuartos.

— ¿Va bien ese reloj? — preguntó Arturo muy nervioso, cogiendo su gabán.

— Está un minuto retrasado — dijo Simeón cogiendo el suyo.

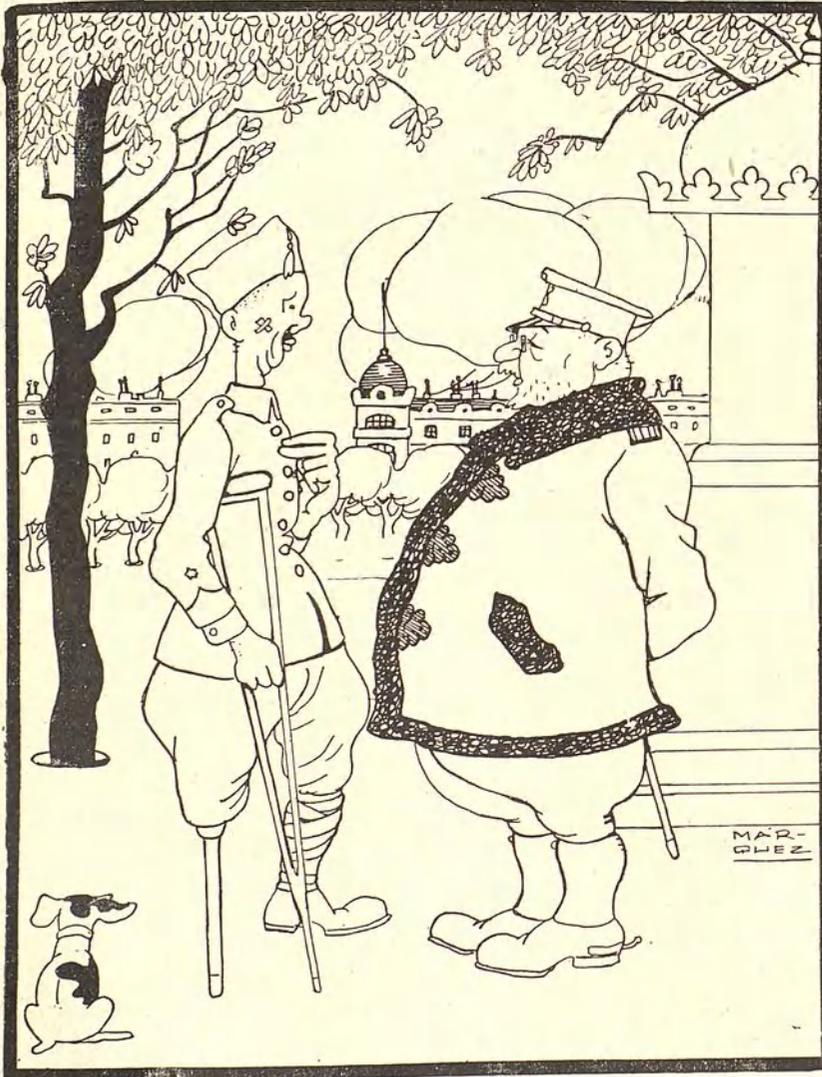
Al oír la palabra *retrasado* sintió Arturo de nuevo las tenazas. Era necesario bajar el baúl.

Simeón salió al patinillo, cogió una carreta vieja, la hizo rodar y la metió en la casa, al pie de la escalera.

— ¡Señora Hopkins! — gritó — ¡Y tú también, Arturo!

— ¿Qué haces?

— Llevar yo el baúl a la estación. Si no encontramos al mozo en el camino, peor para nosotros..., y peor para él.



Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

— Sí; perdi la pierna el mismo día que me hicieron alferez.

— ¡Sí que fué mala estrella!...



— ¡Pobre hombre!... ¿Desde cuándo está usted sin trabajo?

— Pues verá usted, señora. ¡Yo nací en 1874...!

(De Humoristen, de Cristiania.)



II

Estaba tan oscuro como si fuera noche cerrada. Hacía mucho frío.

— Cuidado, Arturo — gritó Simeón —; el piso está como cristal. Ha llovido esta noche, y ahora escarcha. Vamos.

Arturo dijo adiós a la señora Hopkins.

— Vaya, señorito Arturo — dijo ella —. Las cosas irán mejor cuando vuelva de aquí a un mes. No contestó nada. Las tenazas le oprimieron nuevamente.

Simeón empuñó las varas de la carretilla y empujó.

— ¿Lo llevas? — preguntó a Arturo.

— ¿El qué?

— Eso.

— Sí.

— ¿Sí? Enséñamelo. Mejor es que me lo des. Conmigo irá más seguro.

Arturo se desabrochó el gabán, se quitó el guante izquierdo y sacó de uno de los bolsillos un objeto reluciente. Simeón lo tomó en silencio. La rocesión echó carretera adelante.

— Mira — dijo Simeón al notar la intranquilidad de su hermano —. Puedes estar tranquilo. Cogemos el tren. Faltan veinte minutos, y en nueve llegamos.

Imposible que ante aquella seguridad y aquella confianza no desaparecieran las tenazas.

En esto, Arturo se fijó en la rueda de la carretilla: en la única rueda.

— Oye, ¿qué le pasa a esa rueda?

— Que está endurecida — replicó Simeón —. Pero llegaremos de todos modos.

La niebla clareaba. Arturo vio la luz roja de una señal en las cercanías de la estación.

La catástrofe ocurrió cuando la cuesta, a menos de cien yardas de la estación. Simeón embistió con todas sus fuerzas contra un ladrillo roto. La rueda se partió. Se astillaron las maderas del vehículo, y el baúl rodó por tierra.

Simeón, sin decir nada, consultó el reloj.

— Lo podemos llevar nosotros — sugirió Arturo desatinadamente.

— No podemos levantarlo; pesa mucho — dijo Simeón sentándose en el baúl.

— Y ¿qué vamos a hacer? — preguntó Arturo trágicamente.

— ¡Pues muy sencillo! Tú puedes ir sin mi perfectamente. En todo caso, corre a la estación, y a ver si puedes traer a un mozo con otra carretilla.

— ¡Qué calma y qué recursos los de aquel hombre Arturo no pudo menos de admirar la sangre fría de su hermano.

— Ya lo sé. Pero quizás te tengas que marchar sin él. ¡Corre!

Arturo corrió y preguntó en la estación por Merrith.

— ¡Se le ha muerto la madre a las cinco — dijo el más viejo de los mozos —, y estoy solo!

— Bueno. Déme usted una carretilla.

— No puedo dar una carretilla. Eso es contra el reglamento. Hay un inspector muy riguroso.

— Pues yo necesito una carretilla...

— Pues yo no se la doy.

El disco cambió la luz verde por la roja.

— La señal — dijo el mozo —. ¿Es ése su tren?

Arturo se quedó perplejo. ¿Debia abandonar al baúl y a Simeón, o no?

Simeón tenía razón. Tomó el tren.

Afortunadamente, alcanzó por los pelos en Knype el expreso de Londres. Una vez en él, respiró tranquilo. Estaba a salvo: sin Simeón y sin equipaje; pero estaba a salvo.

I

El tren se detuvo un momento en la estación que él creyó Lichfield. Al asomarse a la ventanilla, le pareció que la estación de Lichfield había crecido desmesuradamente. Al arrancar el tren, vio la palabra *Staford*, escrita en letras blancas. Estaba solo en el departamento. Salió al pasillo y preguntó:

— Es éste el tren de Londres, ¿no?

— No. Este es el tren de Birmingham.

— ¡Cielos! — exclamó Arturo Cotteril.

— Antes de meterse en un tren, se pregunta — le dijo un señor de levita.

— Lo que pasa es que el expreso de Manchester se divide en Knype, y un tren va a Londres y el otro a Birmingham — dijo otro señor.

— Ya lo sé — dijo Arturo.

— Siempre el de Londres ha salido primero.

— ¡Claro que sí! — dijo Arturo —. He viajado en él muchas veces.

— Pero lo han variado desde la semana pasada.

— No me queda más remedio que tomar otro tren.

— Me parece que no lo toma usted — dijo el de la levita.

— Tengo que estar en Londres antes de las dos — dijo Arturo trágicamente.

— Hay expresos de Birmingham a Londres que hacen el viaje en tres horas — dijo el caballero de la levita.

El tren de Birmingham tenía un temperamento irónico, porque llegó a la hora en punto. Por esto, Arturo tuvo que pasarse cincuenta y cinco minutos ociosos.

— ¿Es éste el tren de Londres? — preguntó a un inspector a las once y treinta y cinco.

— ¡No lo ve usted? — contestó el otro ásperamente.

Efectivamente: a lo largo del tren se leía «Euston»; pero Arturo quería estar convencido antes de montarse.

El tren salió puntualísimamente; pero desde Watford se convirtió en un mixto indecente, perdiendo más de un cuarto de hora y echando por tierra las esperanzas de Arturo.

Llegó éste a Londres a las dos y un minuto. Se bajó del tren completamente desconcertado. Pensaba en el suicidio.

— ¡Vamos, anda! — dijo una voz.

Arturo se quedó estupefacto; aquella voz era de Simeón, que estaba en el andén con dos maletas.

— Anda, anda de prisa y no te entretengas en hablar. A la fonda, lo primero.

Al subir al coche, empezó Simeón el relato de sus aventuras.

— Cogi el carro de un lechero y fui a Knype. Me ha costado una libra. El caballo se cayó una vez; pero se levantó. Llegué con el tiempo justo para coger el tren. No lo hubiese podido tomar de haber salido antes el de Londres que el de Birmingham. Me sorprendió no encontrarme en Londres. Fui al hotel; todos te estaban esperando, claro está, asustados de tu tardanza. Arreglé las cosas de prisa. Tuve tiempo de comprar esta maleta... ¡Para, cochero!

Estaban en el hotel.

En una habitación, sobre la cama, estaban las ropas de vestir de Arturo.

— ¡Aprisa!

— Pero ¡si son más de las dos! — gimió Arturo.

— Bueno, no importa. Tenemos tiempo hasta las tres. Lo he arreglado todo para las tres — menos cuarto.

— Me parece que éstos no se pueden celebrar después de las dos.



LA EPIDEMIA DE GRIPE

La utilización de los antisépticos en los bailes.

(Del Punch, de Londres.)



— ¿Qué tienes tú que ocuparte de esto? Hace muchos años que la ley de las dos no está en uso. ¿Has comido?

— No.

Añadió Simeón al acabar de abrocharle el chaleco:

— Me lo suponía. Espera. Bzbe un trago de este whiskey.

— ¡No! — dijo Arturo resueltamente.

— ¿Por qué no?

— Porque tendré que besarla después de la ceremonia.

— ¡Qué tontería! ¡Bébetelo! En el Registro civil no se besa nadie. Hazme el favor de no preocuparte. Ahora, la corbata. ¡Listo!

A los tres minutos dirigíanse rápidamente en coche, cortando la niebla de Londres, al encuentro de la pareja. Al cuarto de hora había un soltero menos en este valle de lágrimas.

A. R. H.



EL DÍA DEL JUICIO

En la Audiencia territorial de Calabobos se espera la vista de la causa contra el marqués de Somochuelo, por robo con escalo. Dada la desahogada posición del procesado, nadie se explica los móviles que hayan podido inducirle a cometer tan reprochable acción.

Oigamos al acusado:

— Sí, señor presidente. Yo he entrado en casa de la viuda calagurritana y me he apropiado de cuantos objetos había en su tocador. ¿Creen ustedes que era dinero lo que buscaba? Seguramente, no, puesto que mi fortuna es mayor que la de todos los calabobenses juntos... ¿Qué era, entonces? Pues que un día vi sobre su tocador una joya cuya posesión había hecho yo cuestión personal. Ahora, que ya está en mi poder, pueden juzgarme como quieran. He aquí la alhaja.

Y sacando del bolsillo un tubo de pasta dentífrica Sanolan, lo presentó a los admirados ojos de jueces, jurados y público.

Ni que decir tiene que el señor marqués fué puesto en libertad en el acto.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Armando Guerra y Emilio Hermosilla, sargentos de Ingenieros, Sección Radio de campaña (Melilla), solicitan madrinas de guerra... y de Hermosilla, respectivamente.

C. A. Tafersit. — Eso es demasiado trágico. Dé usted gracias a que, como está sirviendo a la patria, no reproducimos su poesía.

Julianchu. Zaragoza. — ¡Que le frian a usted una balaustrada!

Deagustín. Madrid. — Usted, en cambio, no llegará a ser un filósofo, ni siquiera un mediano escritor.

S. R. O. Portugalete (Vizcaya). — No sirve, y además está pasado de circunstancias.

F. P. — No sirve.

Odóndoto. — ¿Por qué, en vez de esto, no hace usted oposiciones al Catastro?

R. M. Madrid. — No puede estar más peor.

L. L. G. Madrid. — No sirve. Tenga un poco de paciencia, amigo.

Lupiáñez. Burgos. — Se publicará su cuento.

F. S. y M. Madrid. — Lo conocíamos ya todo lo que nos manda, sin estropear por usted. Lo del loro y lo del Mediterráneo, sucedido a un conocido industrial, es anti-güisimo.

Leonello. — Aprovéchelo para otra revista más modesta.

El Poeta Riojano. Vigo. — Usted es tonto.

Regale
usted a
su novia
99 couplets de éxito
por 2,50 pesetas
Giro postal o sellos

El cuaderno LUISITA ESTESO contiene los cuplés *La canción de Cyrano, El sacrificio, La falda corta, La Ciriacca, La suerte de Margot, Mi rayito de sol, Así la vi pasar, El castillo de Quirós, Canto arriero, Mi hombre, Amor japonés, Versallesca y Soldado español.*

Pedidos: LA CANCIÓN POPULAR, Fuencarral, 13, Madrid.

Alivio. — Cuando prescindiera usted de los chistes malos y viejos, haría usted algo. Hay erudición y condiciones.

R. D. Madrid. — Insista usted, a ver si vale. Esto tiene cierta gracia...

M. P. M. Alicante. — Es usted muy malo, y Dios le castigará.

A. D. C. San Sebastián. — Esto que nos envía vale poco.

Por una tos maldecida,
está Pascual que no vive.
Sólo se puede curar
tomando Jarabe Orive.

J. S. Madrid. — Para escribir a la familia, si tiene usted un correcto estilo. Para estas cosas, no tanto. Esmérese, trabaje y estudie.

E. L. y C. T. — No nos convence su epigrama.

V. P. P. Madrid. — No sirven. Hay detalles aprovechables; pero necesita usted madurarse.

K. Ey. El Filántropo. Málaga. — Por esta vez no nos convence usted, señor filántropo.

N. Sánchez. Madrid. — Aprender a dibujar no es una cosa muy reñida con la profesión de dibujante. ¿Por qué no hace usted la prueba?

El Conde Hugo. Madrid. — ¿Una cosa así de chula todas las semanas? ¡No, hombre, por Dios! ¡No nos faltaba otra cosa!

L. L. Madrid. — Nuestro redactor-jefe hace llegar a nosotros su carta y, ¡ay!, sus desgraciados versos. Nada podemos hacer, como dicen en una zarzuela antigua. Mucho lo sentimos; pero esta vez no nos es posible complacerle.

Ginés de Pasamonte. Madrid. — No conocíamos esa aventura de usted de meterse a escritor, así de golpe y porrazo. Trabaje en la sombra hasta ponerse en condiciones de publicación. Puede usted hacer algo bueno... dentro de un poco tiempo. Paciencia y barajar.

A. M. Madrid. — Su cuento también descansará en paz...

A. M. S. Madrid. — Para cuando hubiéramos podido publicar su artículo, el Gobierno estaría pasado de actualidad, y hasta quizás dimitido.

S. L. de A. y V., abogado y publicista. Parece increíble que un señor tan importante como usted se dedique a escribir esas tonterías. ¡Qué ganas de perder el tiempo, señor nuestro!

C. del P. y G. (Hoy no nos tratamos más que con gente ilustre.) Madrid. — La ocurrencia de su amigo no pasa de ser una vulgaridad. ¡Qué lástima! ¿Verdad?

J. G. G. León. — ¿De dónde saca usted, Sr. G. G., que D. Artemio Precioso tiene algo que ver con nosotros, ya que con tanta insistencia dedica a él las cartas que nos envía? Los chistes son tan de almanaque, que, ¡claro está!, no sirven.

J. Y. El Escorial (Madrid). — Nada más que al empezar a leer nos hemos convencido de que no sirve.

Galo Pin. Valladolid. — Vale poquillo, amigo.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Inmenso
SURTIDO
EN JOYERÍA RELOJERÍA Y PLATERÍA
PRECIOS DE FABRICA
Daniel Inclán
MONTERA 23 + BOLSAS 23
MADRID MEXICO

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR. En breve se pondrán a la venta, a TRES PESETAS cada una.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGROÑO



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142.



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. **Rhum Belleza Fuera canas.**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



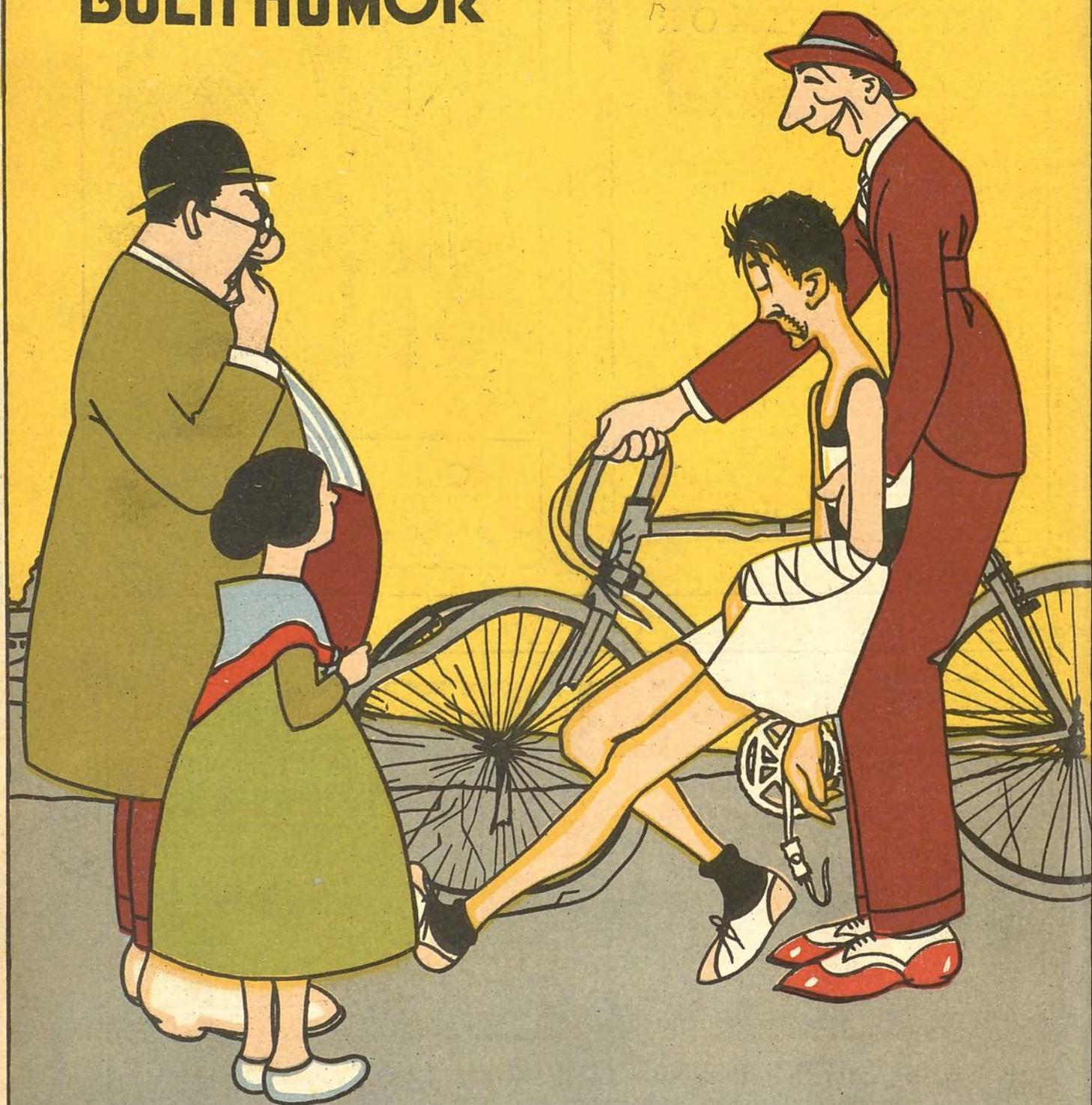
CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



BILBAO

Dib. BILBAO. - Madrid.

—¿Qué le ha pasado en el brazo?—
—Pues que al llegar a la meta se le rompió el radio.